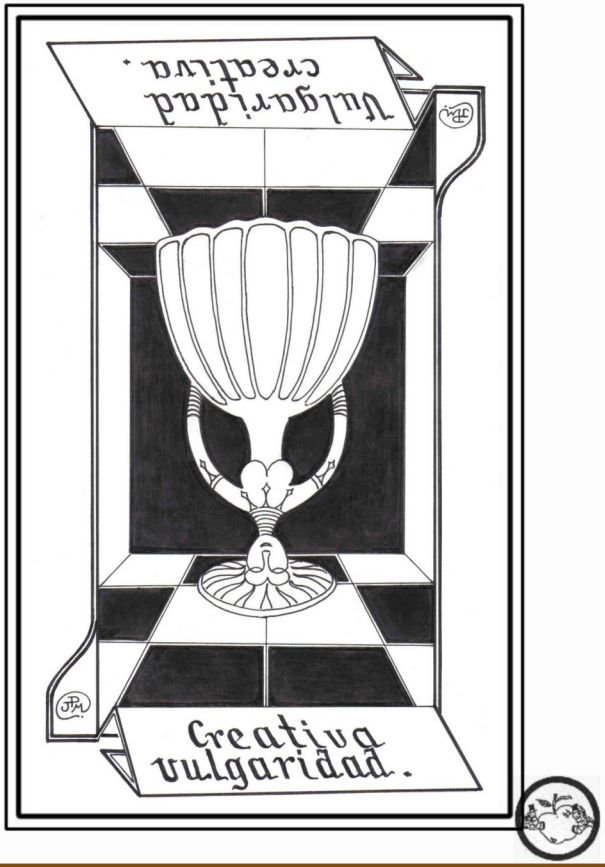
LA NORMA O LA VIDA



LA NORMA O LA VIDA

Redactores: JLM y JCJ. Nº18. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Lo normal es demasiado endeble y sutil como para aprehenderlo. Normal no implica bueno o malo. Tan sólo usual, frecuente. Pero nos cuesta demasiado escapar de la norma. Aquello que se aleja de ella nos resulta sospechoso, peligroso.

Es de eso de lo que vamos a hablar en este número: de la normalidad. Tan difícil de nombrar como de definir y más aún de describir. Porque estamos convencidos de que no hay nadie normal. La norma, para lo humano, no existe realmente. Aunque en el fondo todos compartamos muchas de nuestras características, está claro que no somos iguales en todo. Parece razonable suponer que aun el más normal y corriente de los mortales tendrá su pequeña o gran manía, su peculiaridad, su faceta que lo haga distinto a los otros. Y, sin embargo, cuánto nos gusta presumir de normalidad y, a la vez, de ser distintos y especiales. Que no nos señalen por raros pero tampoco nos ignoren por vulgares y simples. Ser raros y normales, aunque, obviamente, no parece cosa sencilla ser ambas cosas a la vez.

Es curioso como deseamos podernos contar entre los normales y que a nuestros oídos los términos usados para referirse a lo que se aleja de la norma: anormal, subnormal, paranormal, suenan despectivos y peligrosos, mientras que, a la par, todos tenemos el deseo confesado o inconfeso de destacar, para lo cual la normalidad no suele ser la cualidad más deseable.

Nos gusta ser corrientes, parecernos al resto del rebaño humano para podernos sentir parte integrante de él y, a un tiempo, queremos ser distintos y únicos, para podernos destacar y diferenciar de la manada. No nos importa para ello recurrir a diferencias esenciales o accesorias, ciertas o fingidas. Decididamente el ser humano es bien extraño. Y, después de todo, quizá la norma de toda nuestra compleja especie no sea otra que el punto de locura que albergan nuestros, en apariencia, siempre vulgares corazones.

Ojalá puedas disfrutar de nuestros textos vulgares, nuestras inteligencias mediocres y nuestras ideas, nada brillantes, acerca de lo que la normalidad significa.

UN SUJETO ÚNICO

Desde que nació fue distinto. O, al menos, así lo creyó él mismo. Narciso de Lego* fue siempre un tipo raro. Era un ególatra y su egolatría, tan normal en el género humano, a él le hacía pensarse único. Le llevó a pensar, incluso, que era inmortal.

Narciso vivió el momento más importante de su vida cuando contaba con diecisiete años. Fue entonces cuando se pensó radicalmente distinto de todos los demás. Se le ocurrió que, si él era él mismo, una persona en particular que podía hablar de sí misma, se debía a que era distinto de los demás. Su ser era un yo porque se oponía a todos los demás. Lo cual puede ser, en todo caso, cierto, pero Narciso lo llevó hasta sus últimas consecuencias. Él decidió que, por el hecho de ser distinto de los demás, no había ninguna razón para que su vida fuera regida por los mismos principios que las del resto de la gente. Si los otros habían de tener algún momento amargo en su vida, esto no tenía por qué ocurrirle a él, que era radicalmente distinto a todos. Si los demás debían sufrir enfermedades, él, distinto de todos, no tenía por qué padecerlas y, de hecho, hasta entonces no había pasado un mal catarro. Finalmente, si la muerte era parte y conclusión necesaria de la existencia de todos los demás, por el mero hecho de que él no era los demás, a él no tendría por qué tocarle un día estar en presencia de la señora de la guadaña. Él viviría para siempre.

Incluso antes de aquel visionario instante, Narciso ya había sido un poco raro, estrafalario y excéntrico incluso en sus actos. No era, o no lo parecía, particularmente inteligente. Narciso no era tampoco, ni mucho menos, un tipo bien parecido. Era más bien narigón, de mirada gris, rostro apenas expresivo, de cara redonda y cráneo rematado por una mata de pelo castaño perfectamente lisa. Era extremadamente delgado y huesudo. Era tan débil físicamente como, a simple vista, se le intuía débil de carácter. Y, sin embargo, el carácter de Narciso era muy fuerte, aunque procuraba ocultárselo a los demás. Su personalidad permanecía escondida en su interior, sólo Narciso

sentía dentro de sí su propia fuerza con toda su intensidad. Ya antes de aquel crucial momento Narciso era un poco egocéntrico, pero a partir del instante en que se pensó inmortal, se convirtió en un ser solitario, huraño y casi intratable para sus conocidos. Nunca manifestó a nadie sus pensamientos más íntimos acerca de su supuesta inmortalidad, pero siempre trató a todos con manifiesta superioridad y se mostró orgulloso de sí mismo ante cualquiera. Muchos de sus conocidos, que ya antes lo toleraban meramente, ahora no lo soportaron, lo dejaron de lado. Aunque a Narciso no le importó lo más mínimo. Tenía su propio mundo interior, plagado de ideas. Se sentía en sí mismo tan importante como para que el resto del mundo alrededor –cosas y personas- no lo fuera en absoluto.

Narciso era inteligente, pero no brillante, no poseía excesiva imaginación, tan sólo la necesaria para haberse pensado inmortal. Sin embargo, esa idea de inmortalidad le hacía sentirse un genio. Se pensaba sobrehumano. Otros lo habrían catalogado de chiflado.

Desde el momento de su particular revelación, Narciso perdió el interés –si es que antes lo tenía en alguna medida- por relacionarse con los demás. Si no lo hacía no era porque considerase indigno para él tratar con seres a los que consideraba inferiores, sino más bien porque sospechaba que una relación amistosa o cariñosa no le produciría a él mismo más que dolor e insatisfacción, pues sus posibles amigos o amores envejecerían y morirían ante sus ojos sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

No le costó demasiado trabajo inhibirse del resto del mundo. Ya antes carecía de ataduras sentimentales. Sus padres, pertenecientes a sendas familias acomodadas que habían reunido con la boda sus fortunas, habían fallecido en un accidente de tráfico al poco de nacer él. Narciso era huérfano, y rico. Se encontraba bajo la tutela de un impersonal y lejano tutor que se encargaba de que Narciso tuviera todo lo que podría considerarse necesario: servidumbre, maestros, lujos. Pero sus preocupaciones no iban más allá de lo que exigía su mera función de administrador. La única persona a la que realmente había querido Narciso, la mujer que lo había criado y cuidado de pequeñito, había muerto también tiempo atrás. Esa mujer sí que lo había querido y mimado, igual que hizo al criar a la propia

madre de Narciso. Era muy vieja, pues, cuando se hizo cargo de sus cuidados.

Narciso, a partir de su revelación, se dedicó a estudiar con gran dedicación, aunque sin excesiva prisa. Su condición de inmortal le brindaba la posibilidad de aprender todos los conocimientos del mundo, de hacer todo lo que deseara, y contar con todo el tiempo del mismo para llevar a cabo la tarea autoimpuesta.

Transcurrieron los años. Narciso todavía era relativamente joven. No parecía haber envejecido en absoluto. Proseguía con sus estudios, como había venido haciendo durante mucho tiempo. Narciso vivía casi aislado dentro de la mansión familiar, heredada de sus padres…

Sus padres. Todos le decían que habían sido muy buenos. Que se querían mucho, aspecto sobre el que él, personalmente, dudaba bastante, pues todo indicaba que su matrimonio había sido de conveniencia. Narciso no guardaba recuerdo alguno de sus padres. Sabía tan sólo lo que le habían contado de ellos. Que un día sus padres habían salido de viaje en coche. Que también él, el pequeño Narciso, iba con ellos en el vehículo, atrás, en una cunita. Sabía que el automóvil se había estrellado contra una valla de protección al querer esquivar un coche que marchaba en sentido contrario. La valla había cedido ante el ímpetu del vehículo y el auto con sus ocupantes había caído por un precipicio. El coche había estallado y los pasajeros habían muerto. Salvo el niño. El pequeño Narciso, al producirse el choque contra la valla, había salido despedido por una ventana. Cayó al suelo y no le sucedió absolutamente nada. El haber salido indemne de tan terrible accidente le confirmaba, según él, su inmortalidad. Era una cualidad que le acompañaba desde su nacimiento.

Narciso coleccionaba objetos. Acumulaba sellos, monedas, billetes, libros, películas, cintas de vídeo grabadas, discos, periódicos, programas de ordenador, esculturas, pinturas, artesanía. Su fortuna se lo permitía. Y Narciso pensaba que algún día sus distintas colecciones serían las mayores y más valiosas del mundo. Él dispondría de toda la eternidad para incrementar sus diferentes colecciones, para iniciar otras nuevas, de objetos o artefactos que aún no habían sido inventados ni podían imaginarse, de útiles que algún día –que él

tendría ocasión de presenciar- constituirían los objetos más sencillos y corrientes para las gentes. Por eso sus colecciones se convertirían con el tiempo en las mayores, porque él las seguiría haciendo crecer por siempre jamás, mientras que otros coleccionistas, quizá poseedores de mayores riquezas y de colecciones más completas, acabarían muriendo. Y, por más que sus hijos continuasen su labor recopilatoria, podía ocurrir –y tarde o temprano así sucedería- que un día los herederos –tal vez al cabo de varias generaciones- no deseasen o no pudieran proseguir la colección. Podía suceder incluso que no hubiera descendientes. Luego, claro está, quedaban los museos, las colecciones estatales o dependientes de fundaciones u otros entes en principio más estables, pero ni siquiera estas instituciones serían eternas. Un museo, por ejemplo, puede depender de un ministerio ocupado por un gobierno que representa a un estado. Pero ni tan siquiera un estado es algo eterno, por más larga que haya sido su existencia o por más que dure en el futuro. Decididamente él, Narciso de Lego, era el único que podía gozar de las ventajas de la eternidad. Por ello llegaría un día en el que poseería, sin duda, las mayores colecciones del planeta.

A Narciso le entusiasmaba la idea de la temporalidad. Él viviría toda la historia futura de la humanidad sin que los acontecimientos le afectasen en lo esencial. Él alcanzaría a ver, y quizá a comprender, todos los descubrimientos de las generaciones venideras. Los años que cumplieran los demás no tendrían sentido para él. Ni siquiera debía preocuparse por las guerras que tantas vidas ajenas segaban. Cualquier acto de los hombres pasaría por su lado apenas sin afectarle. Cualquier intento de acabar con la vida del planeta chocaría contra el muro de su inmortalidad. Aun cuando el hombre se extinguiera de faz de la Tierra, o si la propia Tierra desapareciese, si lo hicieran el Sol o el Universo, siempre quedaría él como testigo de todo aquello que pudiese ocurrir. O, al menos, así de claro aparecía el futuro en la mente de Narciso de Lego.

Cualquier médico muy probablemente habría considerado a Narciso un loco, demente, desequilibrado o como se le quiera llamar. Narciso había hecho un planteamiento totalmente abstracto y ajeno a la realidad y las pruebas acerca de su propia existencia. Pero, por el

momento, no había nada en su vida que indicase que su razonamiento fuera equivocado. Nunca había estado enfermo y a sus treinta años, como es natural, estaba en su plenitud física y mental, sin señal alguna de envejecimiento.

Pero en su vida sí había cambios. Con el tiempo, poco a poco pero de forma paulatina, se fue volviendo más y más desconfiado. Sólo se fiaba de sí mismo y de su inmortalidad. Esta última era un tesoro que trataba de guardar celosamente de los demás. Si el resto del mundo conociera su secreto, tal vez lo odiara por ello. Aunque el odio en sí no le preocupaba, sí le importaba el hecho de que aquella gente envidiosa pudiera hacer todo lo posible para hacerle infeliz. Estaba seguro de que, caso de conocer su secreto, los demás lo odiarían y lo despreciarían. ¿Qué otro sentimiento podía inspirar, si no, un hombre que es tan superior a los demás? Envidia, envidia y odio. Porque la envidia y el odio son hermanos y siempre es la primera la que invita al segundo a hacer su aparición. Y esto a Narciso sí le preocupaba, porque el odio anima a la acción y el odio sí que puede y suele pasar de generación en generación, a los hijos y nietos, y quién sabe hasta qué descendencia futura. Y si sus congéneres supieran su secreto quién sabe hasta qué generación lo odiarían y tratarían de hacer que su vida inmortal fuera lo más desagradable posible. Y, precisamente para evitar esto que Narciso trazaba en su magín, fue por lo que el inmortal procuró ocultarse cada vez más de los demás. Casi no abandonaba su mansión ni recibía visitas. Despidió a la servidumbre para no sentirse espiado. Pedía por teléfono y por correo todo aquello que necesitaba. Se iba convirtiendo, poco a poco, en una especie de ermitaño o huraño alquimista celoso de sí mismo y sus secretos.

Al cabo de los años llegó el momento en que Narciso comenzó a envejecer. Poco a poco pero progresivamente, igual que cualquier otro mortal. Pero a Narciso esto no le importó lo más mínimo, ni le hizo replantearse sus peregrinas teorías. Es más, se alegró de ello. Un ser tan sobrenatural como él se veía a sí mismo debía tener sin duda poderes que los demás infelices ni siquiera podían imaginar. Así, en lugar de temer que el envejecimiento fuera un signo y preludio de la muerte futura, Narciso pensó que fue su temor a que los demás pudieran descubrir el secreto de su inmortalidad el que había hecho

que, inconscientemente, hubiera desarrollado el deseo de ocultar su condición. De tal modo que, sin proponérselo, había empezado a sufrir todos los síntomas del envejecimiento, siendo éste, a su juicio, el mejor camuflaje que podía existir para ocultar su inmortalidad a los celosos ojos de los demás. A partir de aquel momento Narciso rompió con su encierro voluntario. Dejó a un lado su clausura y se dedicó a salir y mostrarse nuevamente en público, tan indiferente a los demás como ellos se mostraban respecto de su apariencia de vulgar mortal. Pensó Narciso que seguiría envejeciendo durante un tiempo y que luego volvería a hacerse joven. Pensó asimismo que llegado ese momento tendría que irse a vivir a otro lugar para evitar que nadie lo reconociera y descubriese su secreto. Pensó que ese proceso se convertiría en un ciclo de envejecimientos y rejuvenecimientos, un ciclo que le permitiría pasar desapercibido para los demás. Viviría para siempre sin que nadie más que él tuviera conocimiento de tan fantástico hecho.

No entraba en la cabeza de Narciso la posibilidad de que pudiera estar equivocado. Y que su envejecimiento fuera real y definitivo, que algún día le llegaría una muerte tan real como la de cualquier otro hombre.

Un día Narciso se despertó tosiendo. Era una tos que no podía controlar. No parecía un simple catarro. Parecía tratarse de su primera enfermedad y, aunque podía ser grave, Narciso se alegró de ello. Según él, aquella tos formaba parte de su fingimiento. Era una enfermedad que parecía real, tanto como su envejecimiento, y, sin embargo, era fingida. Como aquella tos, como los esputos sanguinolentos que más tarde la acompañaron, igual que la creciente dificultad para respirar. Era un fingimiento tan verídico que hasta asombró al propio Narciso por su realismo y verosimilitud. Aunque a veces era realmente molesta, era lo mejor que podía habérsele ocurrido para engañar aún más a los demás. ¡Quién iba a pensar que un hombre aparentemente viejo, casi decrépito ahora, y tan enfermo como aparentaba iba a ser en verdad un inmortal engañando al mundo entero, camuflando su inmortalidad tras una cortina de aparente normalidad, para que nunca se supiese su secreto!

Narciso decidió que no estaría de más hacerle una visita al médico. Eso le serviría para exhibir su camuflaje y engañar así definitivamente a todos, para que a nadie se le ocurriera sospechar de él.

El médico le informó de que tenía tuberculosis, y en un estado bastante avanzado. Le dijo que tendría que ser internado en un hospital para ser tratado. Narciso no hizo caso, aunque no confesó sus intenciones. Se marchó de allí y no pudo menos que esbozar una sonrisa al llegar a su casa. En el fondo era un romántico. Con la inmensa cantidad de enfermedades que podía haber elegido para realzar su camuflaje, había dado en fingir una realista tuberculosis, la muerte blanca.

Narciso no volvió a visitar al médico. Su estado se fue agravando poco a poco. Cada vez tosía más, respiraba peor. Llegó un momento en que hubo de quedarse en la cama casi de modo permanente. Narciso pensó entonces que su engaño iba a llegar al límite de lo posible. Supuso que iba a fingir una muerte para convencer a todos de que había dejado de existir y luego reaparecer tan joven como siempre, sin que nadie pudiera sospechar lo ocurrido. Para todos los demás él estaría muerto. Ya no necesitaría ocultarse ni fingir. Gozaría de toda la libertad de movimientos que siempre había deseado.

Al cabo llegó el día en que Narciso agonizaba. Por su mente pasó una idea, como un relámpago. Si moría momentáneamente, su fortuna sería requisada por el Estado, pues no tenía herederos ni testamento, cosas que, obviamente, hasta ahora nunca había considerado necesarias. Preocupado, se levantó tambaleante del lecho. Bajó trabajosamente hasta el sótano y abrió su caja fuerte. Depositó allí sus riquezas, sus colecciones, sus recuerdos. Después fue al jardín y cogió ladrillos, amasó cemento y descendió de nuevo al sótano. Allí empezó a alzar una tapia justo delante de la caja fuerte. Nadie debía encontrar sus riquezas. Quería encontrarlas tal cual las dejó cuando, después de fingir su muerte, volviera a recogerlas. Aquel falso tabique le pareció la mejor idea.

Apenas si podía moverse, respirar le costaba dolor y sufrimiento infinitos. La tos le hacía retorcerse continuamente. El

dolor de cabeza se estaba haciendo insoportable. Y por fin se desplomó, con el muro a medio construir, golpeando contra el suelo al caer junto a los ladrillos. Estaba muerto.

Ni siquiera por un instante había pasado por su cabeza la idea de que pudiera estar equivocado, de que su muerte fuese real y la inmortalidad una simple alucinación. No imaginó que pudiera ser mortal y hubiera llevado una vida totalmente inútil, engañándose a sí mismo. Murió pensando que, cuando lo descubriesen muerto y lo enterrasen, él volvería a la vida en un cuerpo joven y vigoroso. Resurgiría de sus cenizas cual ave fénix, para vivir eternamente, ya sin la necesidad de volver a fingir.

El cobrador del gas llamó a la puerta. Nadie respondió. Probó a empujar y la puerta cedió. No estaba echada la llave. Al abrir, un hedor insoportable de podredumbre llegó hasta él. El cobrador buscó al dueño de la casa. Pero no parecía haber nadie. Luego trató de identificar la fuente del nauseabundo olor. Así llegó al sótano y allí encontró al viejo muerto sobre el suelo. El cadáver mostraba un avanzado estado de descomposición y el hedor inundaba toda la casa. Frente a él había un muro a medio levantar, que tapaba parcialmente una caja fuerte. Quién sabe cuánto tiempo llevaría muerto aquel tipo. Subió a la casa, tomó el teléfono y llamó a urgencias, también a la policía. Al poco llegó una ambulancia. La muerte había sido natural: tuberculosis. No era necesaria la policía. El cuerpo inerte fue trasladado al depósito de cadáveres. El ayuntamiento se encargó de enterrarlo con el dinero que había dejado tras de sí, el que se encontró al reventar la caja fuerte que el pobre iluso había tratado de ocultar, como si allí donde iba fuera a necesitar de aquellas posesiones. Quizá era uno de esos viejos avarientos, con síndrome de Diógenes, que vivían para acaparar. No había dejado ni un duro fuera de la caja y ni tan siquiera tenía contratados los servicios de una funeraria. ¡Con todo el dinero que tenía!

En su tumba se puso una lápida con su nombre y fechas de nacimiento y muerte, esta última aproximada. También fue mala suerte que no hubiera sitio para él en el panteón familiar de los De

Lego, así que se le enterró en un rincón del mismo y con la lápida más sencilla.

El Estado se apropió de todos los bienes del fallecido, así como de todas las posesiones escondidas en la caja. Aunque Narciso hubiera reaparecido, se habría visto reducido a la miseria, sin un céntimo. Pero el muerto no se movió de su tumba ni apareció otro Narciso por ninguna parte. Si había conseguido la inmortalidad de un tipo o de otro, no sería desde luego de la forma en que él esperaba.

Decididamente, el señor Narciso de Lego había sido un sujeto único tal y como él pensaba, pero no en el sentido en que él mismo lo imaginaba.

Juan Luis Monedero Rodrigo
(versión revisada del relato incluido en
"Mucho Cuento", JLM, 1988)

*El Narciso de Lego de este cuento no tiene nada que ver con el personaje del mismo nombre, sin duda inspirado en este primer Narciso aunque yo mismo no lo recordara, que participa habitualmente en esta revista, personaje que también es único a su manera.

LAS VUELTAS DE LA VIDA

"Ya no precisamos de sus servicios; no se ajusta vd. al perfil que buscamos". Esta aséptica y tópica fórmula enmascaraba la causa oficial de la no renovación: su supuesta mediocridad en el puesto de trabajo. Siempre sospechó que un "enchufado" le había desplazado laboralmente. ¡Cientos de veces rememora ese momento! Tantas vueltas ha dado al escueto comunicado que lo lleva metido hasta el tuétano. A quien correspondía no tuvo el coraje de decírselo a la cara. Una simple nota, la liquidación, la pequeña indemnización que le correspondía y a engrosar la lista del paro.

Antonio se refugió en la bebida dando tumbos hasta gastar las cuatro perras que tenía. Volvió a casa de su viuda madre, como el hijo pródigo, aunque esta vez no tenía ningún hermano al que le sentase mal su regreso. Llegaba con hambre física y de superación. Había aflorado en él el orgullo de sus antepasados alaveses: los Ramírez de la Piscina. Pensaba en transformar la hidalguía a la vieja

usanza en fuerza de voluntad para adaptarse a la nueva situación. Envió decenas de currículos obteniendo la callada por respuesta. Esporádicos trabajos-basura le proporcionaban los recursos para pagarse sus pequeños vicios. Le hablaron de trabajar en la hostelería en la costa. Le costó aceptar; era un mundo nuevo para él puesto que siempre había estado al otro lado de la barra. Conocer inglés le abrió muchas puertas. Aprendió pronto lo básico de la profesión en la que llega a sentirse como pez en el agua. Trabaja medio año, el otro medio va tirando de sus ahorros y del paro.

Tuvo ocasión de dar un braguetazo con una irlandesa pero ya no quiere cambiar su ritmo de vida. Su autoestima sube. No es ambicioso, se acomoda a su nueva situación. No quiere sobresaltos, sólo pasar por la vida como un suspiro sin que nadie se fije en él. Tiene los pies en el suelo. En el fondo se considera, al fin, un hombre feliz.

P.A.M. 213

NORMALMENTE ANORMAL

Hay quien no se da cuenta de que a veces se cambia para seguir siendo lo mismo. Básicamente lo que sucede es que no se cambia. Que uno es lo que es y si cambia lo más contingente sigue siendo igual, porque lo importante no es fácil modificarlo de un plumazo. Esta gente que parece cambiar a cada instante, como por moda o por esnobismo, no parece realmente que sea capaz de realizar esos cambios importantes.

Pero es que nos aburre la monotonía. Nos hartamos de todo, particularmente de nosotros mismos y nuestra sempiterna vulgaridad. Por más que hagamos cosas aparentemente distintas, por más que nos esforcemos en cambiar, nos conocemos tanto que comprendemos lo inútil de nuestros esfuerzos. Nos aburrimos a nosotros mismos y entonces pensamos cuánto más no aburriremos entonces a los demás. Con mayor razón si entre esos demás que incluyen al resto del universo en que nos desenvolvemos se cuenta algún personaje –o personajillo, que de todo hay- que sí nos parece distinto y admirable. Deseamos parecernos a nuestros ídolos, emularlos. Convertirnos en alguien, dejar atrás nuestra aburrida y monótona nadería. Queremos

ser distintos, únicos, divertidos, variables, admirables, destacados entre la plebe. Y en muchos casos, desde nuestra vulgaridad, teñimos las insignificancias ajenas con tonos brillantes que nos las hacen parecer únicas y destacadas. Admiramos esa diferencia real o ficticia y queremos copiarla. ¡Como si la verdadera originalidad pudiera seguirlo siendo si se copia! ¡Como si la emulación nos sacara de la vulgaridad!

Poco importa nuestro interés, en todo caso. Porque siempre nos fijamos en gente vulgar para copiarla y admirarla. Queremos ser distintos, pero no bichos raros. Tal vez por eso admiramos a los famosos vulgares, a los que, en el fondo, son tipos como nosotros, pero mucho más afortunados. Sin cualidades que los hagan brillantes, pero tampoco extraños y anormales. Deseamos destacar, como ellos, pese a nuestra normalidad y sin renunciar a ella. Queremos ser normalmente anormales. Parecer distintos, únicos, geniales, pero sin destacar demasiado entre nuestros semejantes, para podernos confundir con la media de la campana gausiana que define al género humano. Ser famosos o admirados, destacar pero ser normales. Ni demasiado geniales ni demasiado peculiares, ni demasiado listos ni demasiado tontos, ni demasiado originales ni demasiado raritos. Sobre todo eso último: no ser raritos.

Pero ésa no es tarea fácil. Por más que disfracemos nuestra normalidad, la verdadera diferencia termina notándose. Casi siempre se descubre la impostura del que quiere parecer distinto sin serlo. Se puede tener fama y ser vulgar, sí. Y ser admirado. Pero eso no nos hace realmente distintos. La gente diferente resalta entre los verdaderos normales. Salirse de la norma y ser rarito son aspectos de la personalidad que suelen ir parejos. Por tanto, cuando queremos ser normalmente anormales lo que nos sucede es que nos falta valor para ser realmente distintos, o somos incapaces de serlo. Sabemos que los monstruos pueden resultar admirables desde la distancia, pero que, en el fondo, se los teme y se los desprecia. Y, obviamente, nadie quiere alejarse tanto de lo normal como para convertirse en un monstruo despreciable. No en vano también existen tipos realmente especiales y distintos, tipos anormales que se esfuerzan por ocultar su rareza y pasar por normales, aunque sean fingidos, con tal de huir

del monstruo y del desprecio asociado. En el fondo, por más que reneguemos de ella, por confundirla con vulgaridad, ramplonería o simpleza, nos gusta nuestra normalidad, que puede parecernos a ratos monótona o aburrida, pero nos aleja de la terrible idea de quedar convertidos en monstruos, en tipos extraños que difícilmente pueden ser aceptados por esa gran tribu de mediocres que gobierna el mundo y constituye la esencia del género humano.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DESEO DE SER

Hablando de deseo de ser, estaba leyendo la influencia en los comportamientos electorales, su clasificación y encontré por fin aquello que tantas veces nos habíamos preguntado ¿por qué un obrero, vota un partido político que representa a la burguesía? Y me han explicado que existe lo que se llama el voto de rechazo. Entre otros: voto de rechazo de la imagen del padre del modelo universal de imagen paterna, e incluso (subrayo) "aquel voto que se basa en la no aceptación de sí mismo, expresa de una forma u otra el rechazo de los elementos de la propia identidad social o política del elector".

Petra Salgado

SER MÁS

Quisiera ser elocuente
y no tan sólo locuaz.
Pasar por inteligente,
no simplemente capaz.
Siempre se añora al ausente,
que no es sólo quien no está,
y se le llama prudente
cuando está por regresar.
Hay quien ensalza al paciente
que siempre sabe esperar,
y también a algún cliente
de la perra honestidad.
Yo quiero ser diferente,
ser mejor, quiero ser más.

No el testigo complaciente
de lo que hacen los demás.
Antón Martín Pirulero

LA VIDA EN UN SUSPIRO

Alberto era un niño realmente inteligente. Siempre acortó los plazos esperados en su crecimiento. Comenzó a hilvanar las primeras palabras mucho antes de lo que los libros decían sobre las etapas del desarrollo de los niños desde sus primeros pasos. Pronto empezó a incrustar en su lenguaje más cotidiano vocablos ajenos a lo que dictaban los cánones para un niño de su edad.

"Este niño va a ser lo que quiera ser. Él mismo será su límite", les habían dicho sus profesores de primaria a sus padres en repetidas ocasiones. En el colegio pronto destacó por su afán de saber más, por su curiosidad y por las preguntas nada usuales para su edad que planteaba a los profesores en las que mostraba un interés especial por cuestiones relativas a nuestro presente, pasado y…futuro, que era lo que realmente le preocupaba. "¿De dónde venimos?, ¿Dios perdona los pecados? ¿A dónde vamos? ¿En qué consiste la trascendencia del alma? ¿Cómo se puede hablar de la justicia de un Dios que permite esas desigualdades entre la gente?, ¿Decidimos nuestro futuro nosotros? ¿Qué es el destino?". Los veranos le gustaba irse con su padre a ver la caída del sol en su rincón favorito, dominado por aquellos extensos, rocosos e inmaculados acantilados de película con la melódica música del aire y los serpenteantes sonidos de las olas del mar como testigos de sus preguntas y sus respuestas, sus alegrías y sus desesperanzas, sus sueños y sus melancolías. Le gustaba pensar y disfrutaba compartiendo sus ilusiones.

Siempre se le veía feliz; era alegría en estado puro. Un niño encantador, de esos que dejan huella. No respondía para nada al arquetipo de cerebrito alejado del mundanal ruido del resto de sus compañeros; muy al contrario le gustaba participar en todas las actividades del grupo, especialmente las deportivas. Realmente tenía todo un brillante futuro por delante.

Todo iba sobre ruedas hasta aquel fatídico día de aquel lejano y gélido mes de Febrero. Contaba con ocho años y recibió la noticia mientras estaba jugando con sus amigos de clase en el recreo matinal: Sus padres y su hermano pequeño, apenas un bebé de tres meses de vida, habían fallecido en un accidente de tráfico. Tuvo que trasladarse a vivir con unos familiares sin hijos que apenas conocía en una ciudad que nunca había visitado. Su pequeño mundo se vino abajo. Sintió que los pilares básicos sobre los que se asentaba su existencia se habían desmoronado completamente. Aún no lo sabía, pero ese revés cambiaría el sino de su vida.

Poco a poco empezó a dejar de sentir interés por las cosas. No se relacionaba apenas con los demás niños de su edad y comenzó a dejar de cuestionarse los porqués que tanto le habían fascinado desde bien pequeñito. Se convirtió en un niño triste y solitario. Dos años más tarde era un chico totalmente diferente. Terminó la educación general básica y entró en el instituto una persona completamente diferente a la que fue apenas unos años atrás, cuando era feliz con su familia y sus preguntas. No tenía ya nada que ver con aquél niño brillante y jovial que endulzaba con su sola presencia la vida de los que le rodeaban.

La primera semana de clase se encontró con Juan, un hijo de madre soltera cuyos hábitos giraban en torno a la diversión y bebida a costa de ir minando lentamente las esperanzas que su madre Luisa tenía puestas en ese adolescente de evitar tener que sobrellevar una suerte similar a la suya. Luisa, apenas quince años mayor que su hijo, estaba desempleada desde hacía ya más de tres años tras sufrir un grave accidente que la postró en una silla de ruedas para el resto de sus días.

Enseguida se reconocieron a sí mismos como almas que buscaban un destino común. A partir de ese día en el que se conocieron ya nunca más se separaron. Suspensos, desinterés por las clases, alcohol, chicas… Evidentemente ninguno de los dos tuvo relaciones serias, si por serio entendemos un período superior a un fin de semana: "No compromisos. No normas. La vida son dos días. Disfrutar al máximo el tiempo que duremos". Ésas eran las piezas angulares que marcaban la filosofía de nuestros amigos.

Y pasaron los años.

-Oye, ¿vamos ya a La Carpa?

La Carpa era el clásico antro regentado por mafiosos venidos a menos que se dedicaban al negocio de las drogas de baja calidad, dado que los destinatarios solían ser jóvenes con nulo poder adquisitivo; cualquier droga tenía cabida en La Carpa. Cualquier persona con el dinero suficiente para intercambiarlo por sus productos era bien acogida en La Carpa, y Juan y Alberto eran, más que clientes, amigos.

-Venga, vamos ya para allá.

-¿Qué va a ser hoy?

-Cannabis y Marihuana.

-¡De puta madre! ¡Hoy tenemos una mercancía de 200 euros!

La "mercancía" era ni más ni menos que el bote que habían conseguido esa tarde al robar a una pareja de ancianos indefensos y a un pijo "yuppie" al que atormentaron al fijar el filo de su navaja en la prominente nuez que gobernaba el cuello del chico, que enseguida empezó a mostrar los primeros frutos con forma de goteo sudoral, sin duda consecuencia del incontenible terror que embargaba al muchacho evidentemente acostumbrado a un ámbito nada parecido al que estaba siendo testigo en aquellos momentos.

A base de frecuentar este tipo de ambientes comenzaron a establecer relaciones con todo tipo de mafiosos que poco a poco comenzaron a abrirles paso en este submundo monopolizado por aquellos valores que idolatraban nuestros protagonistas.

De esta forma transcurrieron los años…

El paso del tiempo les había proporcionado una posición ciertamente aventajada dentro del escalafón social del contrabando del tráfico de drogas. Operaban en una de las redes de estupefacientes más importantes a nivel internacional que bajo el auspicio de los grandes casinos europeos conseguían pingües beneficios económicos todos los años. Como consecuencia, el dinero hacía tiempo que había dejado de ser un problema.

Ahora se dedicaban a sus sueños de juventud: vivir y disfrutar de la vida a su manera. Se habían convertido en los clásicos vividores cuya vida giraba en torno a interminables noches regadas de diversión y disfrute inmediato de los sentidos. Alcohol, sexo, apuestas en

juegos, drogas, eran escenarios típicos que nuestros protagonistas frecuentaban con una asiduidad prácticamente enfermiza. De noche se divertían, de día dormían. Ése era su plan de vida.

De forma prácticamente imperceptible, todo ese caótico escenario artificial, construido en un desafortunado suspiro remoto en el tiempo, marcado por el hábito de la despreocupación, la machacona regularidad de los escenarios nocturnos empezaba tambalearse en el subconsciente de Alberto: Terribles sensaciones de monotonía y vacío interior estaban tomando posiciones con paso firme y decidido en su conciencia.

Llevaba Alberto un tiempo con una idea que con el paso de los meses se estaba empezando a convertir en una obsesión. Se cuestionaba la salvación. Daba la impresión de que los retazos de aquel niño inteligente que fue empezaran a golpear su subconsciente… o tal vez se trataba de un presentimiento. El origen y sobretodo el destino. ¿Qué pasaría realmente después de la muerte? ¿Seríamos juzgados? ¿Qué sería de él? Le aterraba el más allá, lo que quedaba después de este mundo. Las circunstancias de la vida le habían hecho ir por aquellos derroteros y desde luego había elegido el camino correcto, pensaba. Tras superar esos duros intervalos de conflicto interior otra vez volvía a su vida, si cabe con más fuerza, como si intentara reafirmar su postura, probablemente conocedor de que si no era así caería otra vez en aquella honda crisis existencial grabada en el recuerdo que ya pareció superar antes de entrar en el instituto, cuando decidió que la vida no merecía la pena porque un golpe de mala suerte le arrebató lo que más quería. "Dios no existe. No hay nada después de la muerte. Si existiera Dios y hubiera una justicia divina no habría permitido que me ocurriera lo que me pasó. El más allá es un invento de los débiles. Hay que vivir el aquí y el ahora". Y de nuevo volvía a engancharse al clavo de la vida sin freno, como si cada segundo fuera el último. Pero en lo más íntimo de su fuero interno, allá donde el alcohol y las drogas aún no habían conseguido asomar, nunca llegó a estar convencido de ello. Cada día que pasaba sentía que se iba consumiendo un poco más. La agonía empezaba a ahogarle.

…Y aquella noche del diez de Mayo en el Casino de Barcelona, después de casi veinticinco años de juergas, risas, problemas de salud a causa del alcohol y las drogas…ocurrió…

El fruto de aquella sobredosis fue una insuficiencia de riego sanguíneo en el cerebro, que sesgó la vida de Alberto para siempre. Diagnóstico: Parálisis cerebral. Coma irreversible.

Definitivamente abrazar el más allá era simplemente una cuestión de tiempo. Horas, días, meses, tal vez años. Una incógnita que en cualquier caso carecía de importancia, pues en realidad de facto se podía decir que desde ese momento ya había cruzado el umbral de la muerte.

El cuerpo médico de Urgencias del Hospital Villahermosa intentó infructuosamente contactar con algún familiar cercano de Alberto para comunicarles el estado clínico en el que se encontraba. Hacía ya más de seis años que no tenía contacto con su familia, así que, salvo aquel jovenzuelo desaliñado, de pelos largos y vaqueros raídos que le acompañaba, nadie más supo que aquel fatídico diez de Mayo en la sala de espera de la sección de urgencias del Hospital Villahermosa aquel chico que tan buen futuro prometía tan sólo unos años atrás estaba ahora bordeando el precipicio de sus últimas horas en vida. Los médicos no tardaron en poner en conocimiento de Juan el alcance de eso que postró en aquella maldita y fría cama de hospital a su amigo de toda la vida, a su compañero de fatigas con quien tanto había compartido, a su alma gemela, a su otro yo. Enseguida comprendió que la vida ya no tendría ningún sentido desde ese momento en adelante. Fue un mazazo definitivo. Dos horas más tarde decidió hacerlo: utilizó un elemento cortante como arma arrojadiza sobre las venas de su mano derecha. Tras cinco eternos minutos de intensa y agónica espera teniendo como único testigo aquel insultantemente frío e impoluto servicio de hospital, Juan se despidió de la vida, esa vida que en realidad no eligió pero que por desgracia el destino le hizo recorrer.

…

Estaban enfrascados en una de sus clásicas discusiones filosófico-metafísicas que tanto solían abundar Lestoidas y Harín. Pertenecían al mundo del subconsciente remoto, donde los conceptos

de vida, muerte, tiempo, espacio y materia dejaban de tener sentido físico. Todo era atemporal. Sus conversaciones siempre eran fruto de proyecciones de los pensamientos de las personas que aún en vida mantenían algún tipo de conflicto consigo mismas. Esta vez el intercambio de golpes versaba en torno a dos palabras alrededor de las cuales giraba toda la conversación: Norma y vida. ¿Vivimos la norma?, ¿normamos la vida?, ¿normamos la norma?, ¿vivimos la vida?

H – Yo creo que cada uno de nosotros vemos a lo largo de nuestras vidas personas que encajan en cada uno de los arquetipos a los que corresponde cada una de las preguntas anteriores. Fíjate bien; hay personas que tratan de circunscribirse estrictamente al ámbito de las normas y pretenden vivirlas como única experiencia de vida: viven la norma. Por otro lado hay gente que trata de hacer una vida a su medida, normando su vida. Además los hay tan estrictamente severos consigo mismos que no sólo hacen de la norma un dogma de fe y de vida, sino que además no la viven como experiencia única e irrepetible: norman la norma, no viven ni disfrutan la norma. Por último hay muchas otras personas que simplemente "viven la vida", sin regirse por unos parámetros rigurosamente fijos, disfrutando el momento, exprimiendo cada momento como si fuera el último.

L – Ya, probablemente es cierto, pero…

N – Los objetivos de los pedestales dormidos no impiden hacer rectas paralelas perfectas. La lóbrega tempestad de los estereotipos pausados palpita en los corazones sin razón aparente. Los efectos colaterales de los percebes sí extraen consecuencias de los sonidos de los árboles raídos ¿Se habrán planteado las cerezas alpinas…

L, H – Hola Neer, ¿Qué tal estás?

Haciendo un leve giro de cabeza hacia la posición de Lestoidas y Harín, Neer inició otro movimiento asertivo en dirección a ellos pareciendo querer indicar el buen estado en el que se encontraba. Cruzó la sala en la que estaba teniendo lugar ese interesante intercambio de ideas por delante de nuestros dos contertulios, nunca parando de dejar de emitir frases inconexas y sin ningún sentido aparente.

N - Las negociaciones con abdominales enchufados a las correas con barniz de los transeúntes espeluznantes son anteriores a los tacones redondos descubiertos en tiempos de Eurípides, Sófocles y Esquilo. El humo de los asteroides fundidos reduce el colesterol porque las gorras de sol impiden motivar a las acometidas eléctricas…

De esta manera, sin apenas perturbarse, dirigiendo la mirada al frente y ajeno a todo cuanto ocurría a su alrededor, se iba alejando a velocidad uniforme nuestro amigo Neer.

Era Neer un pequeño ciervo naranja de enormes ojos saltones con tres líneas oblicuas blancas que serpenteaban de norte a sur su frágil cuerpo cubierto de manchas irregulares de colores chillones por su contextura y disposición imposibles de borrar del recuerdo.

L, H - Hasta luego Neer. Dijeron los dos a coro.

Conocían perfectamente al personaje; se trataba ni más ni menos que el reflejo de la parte del subconsciente de las personas que procesan la idea de soledad e incomprensión. Normalmente las personas no tendemos a explorar las razones por las que otras personas son diferentes, se comportan diferente, basan sus comportamientos y actitudes asentadas en un sistema de valores diferente al resto, dado por unas ciertas normas sociales que rigen el funcionamiento de las sociedades. Esas personas en realidad sienten soledad, incomprensión, y en muchas ocasiones tratan de ocultarse en la máscara de una vida superficial aparentemente vacía de contenido, dorada por fuera pero hueca por dentro, esmaltada de fiestas interminables pero raída e inconsistente en su contenido.

Al ser Neer un eslabón entre dos mundos completamente diferentes en su concepción, él sí participaba de los conceptos de forma, materia, espacio y tiempo, de la misma manera que era capaz de visualizar los espectros de las almas etéreas y atemporales.

Lestoidas y Harín reanudaron de nuevo la conversación.

L – Como te decía, yo más bien me inclino a pensar que todos nosotros pasamos a lo largo de nuestras vidas por diferentes fases que se identifican con cada una de las preguntas anteriores. Además, pienso que ése es uno de los secretos de una sana evolución dinámica del ser humano. Si nos quedamos anclados siempre en vivir la norma

seguramente habrá cosas de la vida, más allá de las normas, que se nos escaparán y probablemente no disfrutaremos por estar plenamente convencidos de que "vivir la norma" y sentirla como dirección única a seguir es lo que debemos hacer. Por el contrario si nos centramos toda nuestra vida en simplemente vivirla, yo creo que caeríamos en el error de la banalidad y seguramente pronto dejaría de tener mucho sentido todo esto porque nos acomodaríamos, simplemente viviríamos sin responsabilidades y terminaríamos muriendo de aburrimiento.

H – Las fases de la vida… qué hermoso. Estoy absolutamente de acuerdo en que nuestra vida debe regirse por valores diferentes a medida que vamos avanzando. No creo sin embargo que nuestra vida pase por una fase regida totalmente por la norma o por la vida, al estilo que las estamos manejando.

L – Me parece que no me he explicado bien. Lo que yo creo es que a lo largo de nuestras vidas hay fases en las que domina una de las cuestiones.

H – La vida al fin y al cabo es una serie encadenada de experiencias que interiorizamos, muchas veces sin darnos cuenta, lo que indefectiblemente impacta sobre nuestra escala de valores y estado de ánimo. Creo que es inevitable pasar por diferentes fases; iría más lejos: es sano y saludable. Haber pasado por diferentes fases probablemente es sinónimo de riqueza.

L - ¿No te da la sensación de que hay personas que siguen siempre una misma dirección, recta y limpia, sin errores pero sin aciertos? Da la sensación de que por ellos no pasa el tiempo…

H – Creo que te estás refiriendo a los "normandos": aquellos que viven la norma y norman la norma. Conozco a muchas personas que tratan de llevar al extremo más insospechado la norma, a veces incluso la norman sin vivirla.

L - ¿Puedes explicarte un poco mejor?

H – Por supuesto. Un ejemplo muy claro es la juventud; todos sabemos que es una época en la que puedes experimentar sensaciones con mayor libertad que en otras etapas de tu vida. Hay personas que deciden no sólo no vivir esa libertad, sino que tampoco

viven la norma que se han impuesto de no vivir esa libertad. Normar la norma sin vivirla.

L – Juventud, divino tesoro… A ver, al primer grupo pertenecerían aquellas personas que tratan por ejemplo de vivir una vida de acuerdo a ciertos valores más o menos rigurosos pero disfrutándola, es decir, cultivando al máximo sus hobbies siempre sin salirse de la norma preestablecida: viven sus normas. Sin embargo, al segundo de los grupos pertenecerían aquellas personas que se han puesto las cadenas de la norma. Más bien diría que muy probablemente les han impuesto las cadenas de la norma y que por tanto no saben disfrutar de la vida de forma sana y saludable: norman sus normas sin disfrutarlas. Son personas renegadas a su suerte, que rechazan los valores de los "espíritus libres" y que en lugar de preocuparse de disfrutar aquello que tienen delante dedican sus atenciones a pensar en todo aquello que no pueden disfrutar por tener ciertas normas y que sin embargo otros sí pueden disfrutar…

H – Así es más o menos, Lestoidas... Pero para su desgracia, y por suerte para los demás, la vida es tan sumamente agradecida en todas sus fases que no sólo se pierden la juventud…

N – La carencia de elementos anisótropos no impide corroer de forma isócora la contaminación lumínica de las ciudades alejadas del centro. ¿Has visto alguna vez una montaña de arañas barbudas? El gorrinete que hace preámbulos con las caballas de esteroides no…

L, H – Hola Neer. Te deseamos una buena tarde.

Asintiendo de nuevo a medida que se iba alejando continuaba su disertación aparentemente inconsistente.

N – Los diálogos deberían estar acurrucados en los pedestales turbios. ¿Será verdad que la cría de ganado lanar no es partidaria de juicios insulsos? La forma de bailar de los ruiseñores y de los hemípteros está anclada en el zumo de limón con pepitas achicharradas. Los…

Hasta que de nuevo los sonidos se perdieron en la lejanía.

H – Vivir la vida… un fantasma que corroe el espíritu. Muchas veces me pregunto si eso es posible sin considerar la norma.

L – Más bien creo que el elemento clave es si hay que considerar la norma dentro de la vida. En tal caso, ¿vivir la vida implica vivir la norma?

H – Creo que ése es el error conceptual más importante de muchas personas. Creen que vivir la vida no implica vivir la norma. En ese caso la vida se convierte en el fantasma que corroe el espíritu. Si incluimos la norma dentro de la vida, diría más bien que hay que saber vivir la vida, lo cual implica sin duda disfrutar el tiempo del que disponemos en nuestro tránsito por este mundo respetando a los demás, al conjunto de normas preestablecidas y, sobretodo y ante todo, a uno mismo.

L – Los valores morales de la sociedad y del propio individuo… No hay que olvidar que a fin de eliminar cualquier poso de alienación social cada individuo debe crear su propia escala de valores; debe tener la personalidad suficiente como para poder decidir si aquello que el sistema le está imponiendo es o no correcto y actuar en consecuencia. Al final solemos ser más afines a nuestras creencias y nuestros valores que a los impuestos por la sociedad, por tanto pueden no coincidir, pero sin duda deben no divergir porque entonces probablemente nuestra efímera relación con la vida se convertiría en el fantasmagórico tormento que terminaría por agonizar nuestras esperanzas, nuestras ilusiones, nuestras experiencias, nuestro presente y nuestro futuro…

H – En el punto medio está la virtud. Hay que saber vivir la vida, disfrutarla considerando el conjunto de normas de esta sociedad, ser fieles a nuestro sistema propio de valores, procurando que además no diverja con el establecido.

L – Porque de lo contrario viviríamos ajenos a la sociedad y, no lo olvidemos, el individuo es un animal social.

H - Se puede decir que las personas que viven *su* vida con *sus* normas alejadas de los valores morales de la sociedad en la que viven norman su vida.

L - Volviendo a las cuestiones iniciales, podríamos concluir que aquellos que norman su vida pueden llegar a degradar el significado de vivir la vida si sus normas son opuestas a un orden social preestablecido…

H – ¡Hemos hilvanado otra vez dos cuestiones!

N – Las elucubraciones pertrechadas de incólumes estructuras no recogen las tempestades con artritis.

L, H – ¡Hola, Neer!.

Tras dirigir la mirada y asentir de nuevo, continuó su camino mientras continuaba con sus frases.

N - ¿Será que los hematíes están predestinados a la cría del caballo con limones caducados? No, niña, el barniz lo siegan los indios fueguinos con una barra de pintalabios magenta...

…Hasta que el espacio hizo de nuevo imperceptibles las palabras…

H – Como decía, en el punto medio está la virtud, hay que evitar los extremos. Quiero decir con esto que en mi opinión, en alusión a las cuatro cuestiones fundamentales, hay que evitar disfrutar de nuestra existencia sin considerar conjuntamente las palabras vida y norma a la vez. Pobres de aquellos que basan su sistema de valores en unas normas impuestas, no elegidas, sin posibilidad de disfrute y gozo de todo lo que nos ofrece la vida siempre dentro de un marco adecuado consecuencia de una elección propia responsable.

L - …Y pobres de aquellos que simplemente disfrutan y gozan de la vida con un sistema propio de valores, divergente al de la sociedad, sin considerar unas mínimas normas de referencia…

H – No olvides tampoco que el individuo es "él y su circunstancia", y puede haber personas que por sus circunstancias hayan tenido que optar por un camino erróneo o, tal vez, es el propio camino el que las ha elegido.

L – Suficiente castigo es basar la existencia individual en la construcción de falsos castillos de espuma en el aire con apariencia firme y segura, pero vacíos en su contenido y agónicamente huecos por dentro.

N - Todo aquél que ha sufrido tanto como para hacer su vida tan insustancial que se ha visto obligado a vivir alejado de toda reminiscencia de orden social y que ha ofrecido culto a una desmedida irracionalidad vana e insustancial, sin duda puede considerar completamente purgados sus pecados.

Alberto exhaló entonces su último aliento.

Dicen que justo en el umbral de la muerte vemos una luz al final de un pasillo y que durante unos segundos visualizamos en imágenes lo que ha sido toda nuestra vida.

Cruzó el umbral de la puerta acompañado de aquella añeja sensación de paz, tranquilidad y armonía tan lejana en el recuerdo de sus primeros años de vida, cuando era aquel niño feliz y encantador de sueños almibarados acompañado de su familia y sus preguntas.

Y finalmente su semblante pareció imperceptiblemente recorrido por un misterioso halo de vitalidad…

Vugoraf

CHAFADORES DE ENCUESTAS

La empresa marchaba viento en popa. El último trabajo no había resultado sencillo, pero sí sumamente divertido. Nadie habría imaginado tres años atrás, cuando Joaquín Aristizábal y sus amigos fundaron su pequeño negocio, antes diversión y mala uva que proyecto de futuro, que su éxito lo iba a convertir en rentable.

Casi nadie conocía, sin embargo, sus actividades. Lo cual no sólo no era malo sino muy deseable. De otro modo, no podrían actuar como lo hacían. Bastaba con que los conocieran y contrataran los interesados en modificar la realidad de las cosas.

El último trabajo había sido un verdadero éxito. Gracias a ellos los mejores periódicos del país se habían equivocado en sus proyecciones de resultados para las últimas elecciones autonómicas. No era contra ellos contra los que fue lanzada la campaña, sino contra la empresa francesa que tuvo la osadía de ofrecer sus servicios, famosos y contrastados en todo el continente, a la prensa patria. Sus precios eran altamente competitivos y sus métodos de eficacia notoria. Nunca, en sus ocho años de existencia, habían marrado en una encuesta de opinión a pie de urna. No fue raro que los principales periódicos: El País, El Mundo, ABC, El Correo Español, La Vanguardia y muchos diarios de ámbito regional y local insertaran sus sondeos previos como parte de su información. Hubo otras empresas, sí, y

otros sondeos, pero ninguno tuvo la publicidad del maravilloso estudio de los franchutes.

A Joaquín y los suyos los había contratado, como siempre, la competencia. Aunque, para ser sinceros, ninguno de sus clientes había sabido hasta el momento en qué consistían realmente sus servicios. Todos solían sospechar que se trataba de piratas informáticos que desbarataban los sistemas de los rivales chafando sus programas estadísticos y los consabidos resultados. ¡Como si eso fuera tan fácil habida cuenta las increíbles medidas de seguridad de las mejores empresas! No, "Chafadores de Encuestas" nunca hacían eso. Ni eran tan sofisticados ni falta que hacía. La empresa de Joaquín se dedicaba a la actuación y al engaño. Y era un trabajo tan divertido como eficaz y satisfactorio para los miembros del proyecto, todos amigos y conocidos del creador de la empresa.

Para los clientes era mejor que todo quedase como cosa anónima, como un juego sucio sutil lleno de tecnología y complicaciones. Cuanto menos supieran de ellos, mejor. Tanto como que era la propia empresa la que ofrecía sus servicios a los potenciales clientes. Tanto que la empresa cambiaba de enemigo como el ejecutivo de chaqueta. Joaquín, en privado y entre los suyos, solía vanagloriarse de haber fastidiado al menos en alguna ocasión a todas las grandes compañías del ramo. Era una cuestión de justicia, empresarial tanto como poética, puesto que a Joaquín y los suyos, si bien les interesaba el dinero, lo que realmente les fascinaba era la idea de destrozar vaticinios, de vencer a las rígidas y odiosas reglas de la estadística. Aquel negocio era una afición que salía del corazón y encima proporcionaba beneficios. Nadie puede pedir más.

Se puede decir que todo empezó tres años atrás, cuando el señor Aristizábal fundó su empresa. Empresa fantasma, por más señas. Sin estatutos escritos ni altas en la Seguridad Social. Club de amigotes, en realidad, dedicado a fastidiar a quien se ponía a tiro, diversión de gamberros, club de pensadores, banda de justicieros o clan de vengadores. Todo ello a un tiempo. Pero sería más justo decir que la idea surgió en el momento, muy anterior en el tiempo, quizá veinte años atrás o más, en que Joaquín se dio cuenta de cuánto odiaba las científicas predicciones de los estadísticos. Entonces surgió el

sueño de convertirse en chafador de encuestas, de oponerse a las fidedignas leyes de la probabilística y las predecibles normas de comportamiento que se esconden tras cualquier muchedumbre. ¡Muerte a la distribución gausiana! ¡Adiós a las medias, modas, medianas, varianzas, covarianzas, deciles y percentiles! ¡Qué vivan el caos y lo impredecible! ¡Devolvamos a la humanidad su individualidad! Todos estos lemas podían servir para justificar y definir la tarea autoimpuesta por la Sociedad de Chafadores de Encuestas, rumboso nombre que jamás figuraría en ningún documento oficial.

Joaquín había estudiado estadística en sus tiempos de facultad. Incluso estuvo a punto de especializarse en ella a mitad de la licenciatura en matemáticas. Pero no lo hizo. Porque la estadística le fascinaba tanto como le aterraba y, al cabo, se impusieron sus aprensiones. Aquella ciencia le parecía casi mágica. Las leyes de los grandes números eran prodigiosas. Increíble el modo en que la cifra elevada traía la convergencia de predicciones meramente numéricas. Milagroso extrapolar muestras y comprobar que la realidad se ajustaba a los cálculos. Un juego poco menos que divino o demoniaco. Porque convertía el mundo en predecible y, en apariencia, más seguro pero, ante todo, y he aquí la causa del odio que Joaquín albergaba en su corazón, al hombre en un ser simple y absurdo.

Al hombre le gusta presumir de libertad, de capacidad de decisión, de autonomía, de raciocinio. Todo muy bonito y necesario para inflar los egos y el amor propio. Pero falso, como la prodigiosa y maldita estadística se empeñaba en demostrar una y otra y otra vez más. Su infalibilidad dependía del buen uso de las técnicas de muestreo y cálculo y de las leyes de la probabilidad, pero en absoluto de la acción de los hombres como individuos o de forma coordinada. Los hombres somos tan simples que basta una muestra voluminosa de opinión o costumbres para deducir el patrón general de la población. ¡Somos rebaño, manada, enjambre! Y, aparentemente, nada podemos hacer por evitarlo. Cada cual un simple número cuya opinión particular, caso de existir y ser distinta a la de otros, carece de importancia, simple gota en el mar de ideas del que la maravillosa estadística extrae la realidad contrastable del sentir general, el incuestionable porcentaje que define el interés público. Que se hace manifiesto al

medir las ventas, las intenciones de voto, los gustos, las costumbres de la población. Un asco, un vómito mental que hacía revolverse al pobre Joaquín Aristizábal, soñador y matemático, enamorado de la magia del número y asqueado de la simpleza de todo el género humano que, tomado en conjunto y como unidad, carece de genialidad o mera brillantez. El rebaño es estúpido, reducible a norma, expresable a través de una mera campana de Gauss con sus excepciones e insatisfechos colocados en las despreciables colas de la infalible distribución de datos.

A Joaquín aquella idea le repugnaba. Por más que fuera cierta e innegable la precisión con que la estadística evaluaba y medía todo, incluida la propia especie humana con sus estúpidos e injustificados aires de grandeza.

De esta pesimista visión del género humano en particular y del mundo en general surgió el rechazo a la especialidad que pretendía realizar. No se hizo estadístico sino geómetra y topólogo, fascinado por la realidad inabarcable e inimaginable del espacio que tan sencillo nos parece en nuestra limitada tridimensionalidad. Pero no olvidó la estadística y sus leyes. Ni olvidó la estupidez humana que no se podía vencer. De aquellos tiempos y aquellas ideas surgió la idea de formar un club de chafadores de encuestas, para falsear la realidad y engañar a la estupidez humana llevando la contraria, de forma voluntaria y premeditada, a la normalidad establecida y predecible.

El modus operandi era bien simple. Los amigotes de Joaquín proponían su negocio a una empresa. Igual podían haber montado el número gratis. Y quizá así habría sido caso de poder chafar de una vez todas las encuestas, sondeos o similares relacionados con un tema de particular importancia. Pero, ya que ello no era posible, mejor incluir el beneficio económico entre las satisfacciones del invento. Siempre habría otra empresa dispuesta a pagar por un trabajo que creían hecho a su beneficio. Ellos ofrecían al cliente la posibilidad de fastidiar las proyecciones estadísticas de su principal rival. No había preguntas. Sólo la exigencia de resultados previos al pago, por común acuerdo. A partir de ahí todo era diversión, por más que implicara cantidades ingentes de trabajo y una meticulosidad considerable en los procedimientos.

La última vez fue como las demás. Los ocho chafadores de encuestas se repartieron el trabajo. Conocían la sede de la empresa a la que perjudicar. Conocían a sus encuestadores. Y sólo había que seguirlos a sus lugares de trabajo para actuar. Porque eso hacían, en los dos sentidos del término: trabajar y llevar a cabo una bonita representación teatral. El mejor modo de desbaratar una encuesta era falsear sus datos desde su origen, viciar las muestras para que todo el trabajo posterior de procesado careciera de sentido.

Algunas empresas se bastaban ellas solas para hacer su particular chapuza. Era antológico aquel viejo caso de una encuesta de intención de voto que se realizó por teléfono en Estados Unidos cuando no todo el mundo poseía el invento. La gente, más bien pudiente, que respondía por teléfono indicaba sus gustos mayoritariamente conservadores. Resultado predicho: amplia victoria republicana. Resultado real: victoria demócrata. Los pobres no tenían teléfono, pero muchos sí se tomaban la molestia de votar. Hoy en día, por desgracia, esos patinazos eran más bien infrecuentes. Por ello resultaba conveniente ayudar a los estadísticos a confundir sus predicciones.

Los chafadores, ocho por el momento, aunque el número era ciertamente fluctuante, nunca demasiado elevado y, en un principio, sí alarmantemente escaso, se dedicaban a seguir a los encuestadores y se disfrazaban para engañarlos. Ni Joaquín ni los suyos tenían nada personal contra esos pobres individuos que, a pie de calle, asaltaban al personal para obtener su miserable paga. Pero debían falsear los datos de la empresa y aquél era el método más fiable y elegante.

Los chafadores se disfrazaban realmente, modificando su aspecto de modo increíble. Se acercaban vestidos de diferentes modos, con distintos maquillajes, una y otra vez a los pobres encuestadores. Si había que hacerse el encontradizo o el inocente, lo hacían como nadie. No tenían problema en dar nombres que no eran los suyos con los números de sus correspondientes documentos de identidad. Todo por la obra.

Los pobres encuestadores, como pardillos, asaltaban al "ingenuo" caminante y le hacían su pregunta, su cuestionario o un verdadero interrogatorio, según fuera el caso. El actor respondía con

la lección bien aprendida. No daba respuestas inverosímiles, pero sí lo bastante sesgadas como para alejarse de la muestra normal. Varios chafadores en sucesión se cruzaban con el encuestador y lo bombardeaban con sus respuestas inventadas. Luego cambiaban de disfraz y volvían a la carga. Así una y otra vez, sin que el pobre currante supiera que entrevistaba muchas veces a las mismas personas. Después los chafadores buscaban otra víctima localizada y su lugar lo ocupaba otra cuadrilla de mentirosos con sus correspondientes disfraces.

No eran magos del transformismo ni sus capacidades interpretativas los habrían hecho merecedores de un Óscar, pero sus disfraces y actuaciones sí eran lo bastante convincentes como para engañar a los inocentes encuestadores, agobiados más por conseguir su cuota de datos que por el aspecto o la confianza que pudieran transmitirle los encuestados.

Los pobres tipos eran dignos de lástima. Satisfechos por la suerte que suponía encontrar gente dispuesta a colaborar con su causa. Sin darse cuenta de que siempre entrevistaban a los mismos. De que aquel tipo con bigote y barba era la misma persona que el calvo con gafas oscuras o el rubio pecoso. Que la gorda encorvada y mayor era la misma mujer que la jovencita de minifalda y piernas vertiginosas o la ejecutiva elegante. A un currante a pie de calle poco le importa cuáles sean las respuestas de los encuestados. Le importa que las respuestas sean suficientes, cumplir con el cupo necesario para ganarse el sueldo y que luego fueran los ordenadores y sus operarios los que decidieran la bondad del resultado.

Así, intercambiando víctimas, falseando las respuestas a los cuestionarios, lograban modificar el patrón normal de la encuesta. Añadían un número lo bastante grande de falsas respuestas como para modificar los datos y la predicción estadística. Destrozaban el vaticinio, cambiando los gustos de la población, reinterpretando a su manera las intenciones de voto o inventando inverosímiles demandas para ofertas igualmente descabelladas.

¡Qué placer era vencer a la norma! ¡Qué gozada chafar la estadística! La sensación era casi tan buena como el dinero que se percibía por el trabajo. Joaquín y alguno de sus amigos habrían estado

dispuestos a hacerlo gratis. Todo por liberar a la humanidad, siquiera ficticiamente, del yugo de la estadística, del peso de la norma. Si las encuestas fallaban, parecía que aún existía esperanza para la improvisación humana, para realizar un ejercicio de carácter e individualidad.

Cómo no estar satisfecho del resultado de la última empresa, cuando chafaron las encuestas de los franceses logrando que sus vaticinios incluyeran aquellos dos imposibles escaños para el Partido Humanista en las elecciones autonómicas gallegas. Dos escaños fijos para un partido que sólo logró unos cientos de votos. Y, como consecuencia, el total descabalamiento del resto de resultados, en un baile de cifras que provocaba el fallo en el número de escaños para todas las formaciones.

Joaquín estaba orgulloso de su labor. Satisfecho de los resultados y en absoluto se sentía culpable por perjudicar a empresas y trabajadores honrados, supuestamente al menos. Era más importante vencer a la norma y chafar la estadística, demostrar que la voluntad del hombre va más allá de una simple predicción. Poco importaba que las encuestas hubieran sido falseadas. El resultado era lo que contaba y, si la gente se pensaba al margen de la norma y creía realmente que su voz era distinta de la del rebaño e importante en el total, quizá al cabo ya no fuera necesario falsear encuestas. ¿O sí? Joaquín Aristizábal, el matemático, y su tropa de gamberros eran, al cabo, unos ingenuos soñadores capaces de cambiar el mundo y las mentes de los hombres, unos crédulos que confiaban en el espíritu humano por encima del poder de la estupidez del grupo.

Ingenuos o no, al menos el negocio funcionaba. Para el siguiente sondeo, de cara a las elecciones municipales de Madrid, la empresa francesa que patinó en Galicia aceptó la oferta anónima de Joaquín para perjudicar al crecido rival y confiado excliente.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONVERSACIÓN POR MÓVIL TELEPÁTICO

Uno de nuestros inhumados ha conectado su móvil telepático con otro de los incinerados de nuestra revista:

-¡Oye, que al tío este que colabora últimamente diseñando la portada de nuestra revista le han publicado un libro!

-¡Bah! ¡Eso no es nada original! Cientos de libros se editan entre nosotros cada día. ¿Quién se lo ha editado? ¿De qué va?

-Se lo ha editado una Asociación Cultural llamada "Marqués de Villena" y versa sobre alguien que vivió en el siglo XIV y que aún no hemos fichado en nuestra cofradía. Está muerto, bien muerto y no hay forma de despertarle. Se llamaba D. Juan Manuel y dicen que era hijo de un infante.

-Todo eso tampoco es original. ¡Que una Asociación Cultural edite un libro es algo normal, por no decir obvio! ¡Y que trate de un personaje con ese nombre es vulgar! Llamarse Juan, Manuel o Juan Manuel en Occidente no tiene ningún mérito…

-Sí, pero aquel buen Señor aunque no era original en su época como noble, guerrero y político lo era como escritor.

-Ni mucho menos. Sé de buena tinta que entre sus obras copió y plagió cuentos y apólogos orientales y otros de dudosa procedencia. Así que de original nada de nada, ni en el fondo ni en la forma. ¿Y cómo se le ha ocurrido tan descabellada idea, poco original, a nuestro ilustrador? Aunque, claro está, sus ilustraciones tampoco son muy originales que digamos.

-Pues creo que se ha puesto en su lugar y ha tratado de escribir sus memorias en primera persona. Lo ha titulado "Don Juan Manuel, Memorias de un Infante".

-¿Ese es su título? ¡Pues vaya…! Vulgar, poco auténtico y nada creativo. Hoy, "memorias" las escribe hasta el gato. Generalmente gente desmemoriada, sin que nada importante les haya acaecido en su vida, salvo vivir del cuento y con ello, amén de vanagloriarse, seguir lucrándose, contando íntimas vulgaridades de verdades a medias.

-Bueno, pero es nuestro ilustrador y debemos tener con él una cierta deferencia. ¿Te parece mal al menos hojear su libro y leerle, aunque sea en diagonal?

-No te hagas un lío, colega. Estoy muerto y no leo esquelas ni epitafios. Son un muermo. ¡Que si "tu esposa e hijos no te olvidan"! Falso. ¡Que si, "aquí os espero a todos"! Cierto. Pero en fin, poco

originales. ¡Como para leer un librito que a todas luces será un libro más, vulgar, nada interesante, nada nuevo y obsoleto!

Martin's

NORMALIDAD VARIABLE

Acostumbramos a tomar la norma por regla. Aquello que es normal es como debe ser. Es más, lo normal es inamovible, como si siempre hubiera constituido esa norma de vida. Olvidamos que las normas fluctúan al mismo ritmo al que lo hacen las costumbres o las modas.

Con esta manía de sacralizar la norma aceptamos el continuismo. Damos por buena la situación actual porque la consideramos normal y lo normal, ¿acaso alguien se atreve a ponerlo en duda?, es lo bueno y correcto. Nos olvidamos de la facilidad con que se adoptan las normas. Basta con que un hecho se convierta en frecuente y acostumbrado para que nos habituemos a él. De ahí a la "normalización" hay sólo un paso. Se han llegado a construir países y naciones con esta normalización, convirtiendo en hábito y norma lo que son usos recientes de unos cuantos.

Pero la norma no es buena ni mala. En todo caso es acomodaticia y, como tal, anquilosante. Y eso sí puede ser malo, convertirse en rémora frente a cualquier avance. En anclaje para un conservadurismo ciego, conservadurismo del todo, sin diferenciar lo que merece conservarse de lo que no, o cualquier estúpido fanatismo. Es fácil crear normas y acostumbrarse a ellas. Y es muy fácil darlas por buenas. Porque la costumbre nos hace soportar todo y hasta encontrarle su lado positivo, lo tenga o no. Por ello siempre nos parece mejor conservar la situación actual a arriesgarnos por un incierto futuro. El famoso "pájaro en mano". Pero olvidamos que el mundo cambia, en general para hacerse más complejo, o más cruel. Y si nosotros nos paramos en nuestra norma y nuestros hábitos, el mundo seguirá su marcha y nos quedaremos atrás. Como esa reina roja que no hace más que correr para no moverse de su sitio, estamos obligados a avanzar, nos guste o no, con el mundo si no queremos quedarnos atrás. Y la norma, como tal, es un buen anclaje para el desfase. Sobre todo

si, como sucede habitualmente, la aceptamos ciegamente como buena y la convertimos en sacrosanta regla inviolable.

Es muy fácil dejarse llevar y permitir que todo empeore. ¿Por qué, si no, cuando mejor van las cosas en un lugar, la gente tiende a volverse indolente y acomodaticia, el nivel de exigencia se hace mínimo y todos piensan que es lo normal? Parece que ya todo está hecho y basta con dejarse llevar. Que todo siga igual que hasta ahora. ¡Como si eso fuera posible! ¿No sería más lógico intentar mejorar siempre, y aumentar ese nivel de exigencia para elevar la moda y lograr la verdadera excelencia o, cuando menos, una mejora cierta? Quizá sí, pero no parece que eso vaya con nuestro carácter. Por una parte siempre deseamos más y por otra, quizá más fuerte, nos vencen la comodidad y la pereza, enmascaradas tras esa apetecible costumbre, tras la norma deseable que nos hace rezagarnos. Ya se ha dicho en otras ocasiones, desde estas páginas, como nos parece que, en un mundo cada vez más complejo y exigente, resulta extraño, cuando menos, que los ciudadanos sean cada vez más incultos, menos exigentes, más resignados. Quizá esa tranquilidad sea buena para los que se alojan en el poder y así no ven peligrar su situación privilegiada, pero para el común de los mortales, los países, las economías, las familias, esto parece casi un suicidio. Si nos conformamos con la mediocridad de una norma fruto de una normalidad cada vez más ramplona, empeoraremos nuestra situación. La norma no tiene por qué estar mal. Marca un nivel para las sociedades y los individuos. Podría servir como punto de partida para algo que, al menos teóricamente –quizá también ingenuamente- puede parecer deseable: su mejora, elevar la norma y el nivel de nuestras sociedades. Por comparación con esa norma podríamos aspirar a que la gente fuera cada vez más inteligente, más solidaria, más guapa, más eficaz, más sabia… Mejor. En vez de conformarnos con una sociedad ramplona y en continua degeneración en la que cualquier miseria se justifica porque, dada nuestra negligencia, se convierte en norma. Si cada vez hay más estúpidos, la estupidez acaba por ser buena. Y entonces, ¡que viva ser normal!, es decir, tan estúpido o más que la mayoría.

Juan Luis Monedero Rodrigo

hay días que no
que es que
es
que no
David Sajeras

LA MUERTE

Lo normal no es igual en todas partes. La muerte, por ejemplo, es el suceso más normal que se conoce. Todas las vidas, que sepamos, concluyen con dicho fenómeno. Y, sin embargo, nos parece un suceso extraño, ajeno a la vida por cuanto que la termina y separa el ser del misterio –si uno es tan optimista como para no suponer la muerte un punto final.

Es curioso que cuando vemos como, en otras culturas, se ritualiza la muerte, se le quita trascendencia o incluso se celebra, como se celebran la primavera, las cosechas o el paso a la madurez sexual, aquí en nuestro civilizado occidente nos quedamos perplejos, incapaces de comprender cómo el salvajismo puede conducir a tales trivializaciones –eso nos suelen parecer- de la muerte.

Voy a comentar aquí las extrañas costumbres mortuorias de una primitiva tribu de Papúa así como, lo que es más importante, el sentido de las mismas.

En occidente nos consideramos demasiado civilizados. Lo bastante como para identificar la muerte como el final de lo que conocemos y para temer al destino. Justo lo que desconocen estos papúes. Pues resulta que en las aldeas de U'tang donde moran los individuos de esta etnia, que se llaman a sí mismos los Ichitiqui –"los que son", en su idioma- nadie conoce lo que es la muerte ni parece causar mucha inquietud la idea del futuro, lo porvenir o ese dudoso destino que tanto nos alarma por estas latitudes.

La vida de los Ichitiqui es bastante sencilla. Las mujeres siembran batatas y las importadas patatas. Crían cerdos y cuidan de sus hijos. Los hombres charlan horas y horas bajo el árbol vecinal y, cuando se aburren, salen a cazar -animales o personas de otras tribus, poco importa- para poder seguir luego charlando –si es que

sobreviven- y relatar sus grandes gestas guerreras. En las que, curiosamente, hablan de vencedores y vencidos, de huidos y desaparecidos, pero nunca de muertos. Porque, por ignorancia, hábito o histeria colectiva, entre aquellas felices gentes nadie conoce lo que significa la muerte. Ni aun cuando su aldea se encuentre sembrada de cadáveres tras una plaga, una batalla o una catástrofe natural.

Los Ichitiqui no entierran a sus muertos. Ni tan sólo los reconocen o son conscientes de su presencia. Los ignoran por completo, permitiendo que se pudran y hiedan en mitad de la calle, frente a sus casas o dentro de las miserables chozas, compartiendo incluso el lecho con el fallecido durante años sin que aquello parezca incomodarlos.

Para los Ichitiqui la vida no tiene fin y cuando alguien muere nadie lo reconoce. Su cadáver no es él o ella, esos restos no se corresponden con la persona, con la identidad del vivo. Para todos ellos, el fallecido sigue vivo, se ha marchado y, quizá, algún día retorne. Entretanto, el cadáver se descompone sin que nadie le preste mayor atención. El muerto no es aquel despojo de carne, huesos, fluidos y pestilencia. El muerto es una persona y las personas no pueden dejar de existir. Tal vez deja uno de cruzarse con ellas. Todo el mundo sabe que las personas viajan, que salen a cazar, a guerrear, a sembrar el huerto o recoger frutos y semillas. Pero nadie deja de existir. Tal aberrante concepto no existe en el lenguaje de los Ichitiqui. No hay una palabra para la muerte ni existe un concepto para un supuesto más allá. La gente vive y sigue viviendo. La gente desaparece por sus razones, sean las que sean, y tal vez nunca retorne, o sí lo haga en ese futuro indefinido, eterno, que aguarda, según esta gente, a cada uno de los miembros de la raza humana y particularmente de su etnia, pero también es válido para sus enemigos y hasta los animales de los que se alimentan.

Sea cierta o fingida esta negación de la muerte, el caso es que a los Ichitiqui no parece agobiarles ni mucho ni poco la idea de que la vida pueda terminar, ni tan siquiera los problemas o las enfermedades, que se toman como una contingencia momentánea tras la cual la vida volverá a su ritmo tranquilo y cómodo. Todo lo más, se sabe de alguno que amenaza con marcharse a buscar nuevas aventuras

y experiencias, como han hecho tantos otros –muchos de los que llamaríamos muertos- antes que él, aburrido de la monotonía de esa vida aldeana que presuponen eterna, aunque tampoco exista en su idioma el concepto de eternidad, puesto que la vida es, sigue siendo y nada hay que pueda alterar, según ellos, este estado de las cosas.

Euforia de Lego

INTENTO DE POESÍA

Todos teníamos el deseo de ser libres, y todos
queríamos ser buenos,
en esa época dorada, donde cualquier ilusión crees
poder realizar.
Pero unos lo lograron y otros no, parece que
algunos se quedaron en el camino,
otros se bifurcaron en las empresas de alto
rendimiento empresarial,
y otros siguen buscando una ilusión, que les haga
mantener viva la llama de la vida.
Unos transmiten esa ilusión, otros la quieren derrotar.
Pero no saben que la ilusión es algo vital.
No hablo de ilusión de "iluso", sino de esperanza ,
y para tenerla y mantenerla hay que saber luchar.
Esta tarde de mayo, tal vez, quizás, D. Quijote, ¿cómo no?,
volverá a cabalgar,

C. Bocarisso

LA BELLA

-¡Mamá, yo quiero ser como tú! –exclamó la pequeña, desconsolada.

No era el comentario habitual de las niñas que siempre desean tomar como modelo a su madre. La pequeña Marisa tenía complejo de patito feo. En el colegio siempre se burlaban de ella y su aspecto. Todas eran más guapas y simpáticas que ella. Y con nueve años eso comenzaba a parecerle un serio problema.

Lo que la pobre niña no alcanzaba a comprender era que siendo su madre tan guapa como todos afirmaban, y con razón, ella

hubiera salido tan birriosilla. Y su papá tampoco era ningún adefesio. Al contrario, papá, según decía mamá, era todo un Adonis. Aunque no sabía muy bien lo que aquello significaba, igual que eso otro de que estaba muy bueno, tenía la idea de que mamá quería indicar que era un hombre muy guapo. A ella, su hija, sí que se lo parecía. Pero los ojos de los hijos son siempre parciales. Tal vez mamá la engañaba. De otro modo, no se entendía que se hubiera separado de él. Decía que ya no se querían, pero lo mismo le parecía feo y ella, la pequeña Marisa, había salido a él. Aunque a papá tampoco se parecía.

¡A ver si iba a tener razón la repelente de Laura!

-Eso es que eres adoptada –le decía con toda su mala leche-. Si no, no es posible que de unos padres tan guapos como los tuyos salga un callo como tú.

Y la guarra de Laurita se echaba a reír como loca mientras jugueteaba con uno de sus bonitos bucles dorados entre sus dedos.

Laura, supuestamente, era su mejor amiga. Y se metía de aquel modo con ella. Aunque las otras, Raquel, Fátima y Lucy, eran mucho peores. Ésas no sólo se reían, sino que presumían ante ella y se burlaban imitando, según ellas, sus pintas y sus gestos.

-Hija, tú serás aún más bonita que yo –le contestó su madre, divertida ante el comentario de la niña, que quizá le habría parecido más normal unos años más tarde.

-Pues sí, ¡no sé cómo! Con lo fea que soy. Mamá, ¿te has fijado en lo fea que soy? ¿Es que soy adoptada?

La madre tuvo que contener la carcajada. La sustituyó por una leve sonrisa que dedicó, comprensiva, a Marisa. Era el momento de iniciar una explicación.

-No hija, no. No eres adoptada ni mucho menos. De hecho eres clavadita a mí misma cuando tenía tus años.

La niña puso cara de no creérselo. Lo que decía su madre era imposible. ¿Cómo iba a ser clavadita a ella? Si no se parecía en nada. Vamos, ni en mil años una cutre como ella podría convertirse en un bellezón como mamá.

-Lo que ocurre es que yo he cambiado y tú también lo harás.

Marisa ya se imaginaba transformándose como los monstruos de las películas, porque de otra manera no podía explicarse tal cambio.

Debía de ser una mutante de ésos que pasan de ser personas normales a monstruos peludos o escamosos. Decididamente, su mamá se había empeñado en tomarle el pelo.

-Ven conmigo –le dijo mamá-. Te enseñaré unas cosas y luego, cuando te lo explique todo, verás como me crees. Pero antes dime: ¿por qué esa manía con que eres fea?

-Porque es verdad. Porque las niñas me lo dicen y yo lo veo. Todas ellas son más guapas que yo. ¡Es que soy un adefesio!

-No mi niña, no. Has salido a tu madre y debes sentirte afortunada por ello.

Mamá la llevó a la habitación grande, abrió el armario, se subió a un taburete y se puso a rebuscar en el altillo. Bajó con una caja de cartón, viejísima, en las manos. Dentro había fotos. De ésas antiguas en papel, tan raras de ver cuando una estaba acostumbrada a mirarlas en una pantalla.

-Ésta era yo –le dijo mamá enseñándole una de esas fotos de superficie brillante y colores desgastados.

Marisa cogió el cartón de manos de su madre y lo miró y remiró una y mil veces. De vez en cuando alzaba, incrédula, la vista hacia su madre. Aquello era imposible. Ésa no podía ser su madre. Era como si la foto fuera su propio retrato, con pintas un poco antiguas, porque no se parecía en nada a su guapísima mamá y sí a la horripilante Marisa la adefesio.

No contenta con eso, mamá le fue pasando otras fotos, a cuál más espantosa. Sin duda que le estaba tomando el pelo. Eran fotos que, supuestamente, representaban a mamá con diferentes edades. Marisa se fijó, eso sí, que, conforme mamá iba apareciendo mayor, su aspecto resultaba algo más semejante al actual, cada vez más y más guapa y diferente de la niña birriosa que parecía un clon de la propia Marisa.

-¡Jo, mamá! –dijo la niña contemplando la foto de su mamá casi reconocible- Cada vez estás más guapa –y al decir esto agitó la mano en el aire como clara muestra de admiración.

-Sí, hija. Justo lo que te sucederá a ti.

La niña, sonriente por primera vez, y medio convencida con los argumentos de su madre, se quedó mirando fijamente las últimas fotos

en las que mamá tendría veintitantos años, un rostro angelical y un cuerpo escultural que, ni por asomó, podría haber sido imaginado a partir de la niña feúcha de seis o siete años. La niña se quedó pensativa un momento, girando la foto entre sus dedos, dudando.

-Mamá, ¿y yo cambiaré igual que tú?

-Por supuesto, hija. Si así lo deseas.

La niña soltó la carcajada. Su mamá parecía tonta a veces.

-¡Pues claro que lo deseo! Pero yo quiero cambiar ya mismo. ¿Qué debo hacer?

Ahora fue la madre la que sonrió dulcemente, divertida por la inocencia de su hija, tan despierta y tan niña.

-¡Ay, hija! No es tan fácil. Ahora no puedes cambiar. No debes, al menos. Aún no ha llegado tu momento. Ni basta sólo con desearlo. Hay que ganárselo. Y creo que tú lo vas a lograr.

La niña ya se imaginaba superando algún tipo de prueba, como un concurso, para demostrar que merecía ser guapa como su mamá. Iba a preguntar, pero la madre no le dio ocasión:

-Te he dicho que te iba a enseñar algo y luego te explicaría. Pues ahora es el momento de darte una explicación para que no pienses en cosas raras. No hay nada de mágico en mi cambio. Ni nuestra familia es la del patito feo que se convirtió así, sin más, en hermoso cisne.

La niña, evidentemente, no entendía ni jota.

-Has de saber, cariño, que en nuestra familia todos hemos sido siempre muy feos. Yo misma era el adefesio, como dices tú, que has visto en las fotos. Pero hija, en nuestro tiempo hay cosas más importantes que poseer belleza natural.

A Marisa nada, por el momento, le parecía tan importante como dejar de ser un adefesio y que sus compañeras dejasen de meterse con ella. ¡Nada era tan importante como parecerse a mamá!

-Mi madre era fea. Mi padre, tu abuelo, era feísimo. Yo era como tú y tú, encanto, aunque tienes muchas virtudes, no eres lo que se dice una chica guapa. Pero eso tiene solución. Porque dime: ¿a que en el cole eres la primera de la clase?

Marisa se quedó dudando. La profesora siempre les decía eso al tonto de Juanito, a la presumida de Olga y a ella misma. Y, por lo que

ella alcanzaba a entender, aunque fea, era mucho más lista que los demás de la clase, incluidos esos dos petardos que siempre hacían los deberes y complacían a la maestra.

-Sí, soy la primera –afirmó la niña, más constatando un hecho que orgullosa de sus méritos.

-¡Ajá! Porque en nuestra familia somos muy feos, sí. Pero siempre hemos sido muy listos. Tan destacados en inteligencia como en fealdad.

-Pero mamá, tú eres guapísima. Y el abuelo, que dices que es feo, también. Y todo el mundo dice que papá está muy bueno. ¿Papá también era feo?

-No, papá no lo era. No del todo. Aunque tampoco tan listo como el resto de la familia. Por suerte tú has salido a mí en todo.

-Entonces, ¿me volveré tan guapa como tú?

-Por supuesto, si es eso lo que deseas. ¿Quieres saber cómo?

La niña asintió impaciente, con sus ojillos brillantes y a punto de salirse de las órbitas.

-Ser listo siempre ha sido una ventaja. Y más en nuestro tiempo. Además de que hay listos y listos y nosotros somos de los que sacamos partido a lo que tenemos.

Quizá la niña no entendía aquello, pero la madre hizo una pausa para que lo asimilara y, de paso, creó expectación para contar lo realmente interesante:

-Una persona inteligente de verdad, si usa su cabeza para progresar, puede convertirse en una persona importante. La importancia, hija, se mide por dos magnitudes: el trabajo que uno realiza y el dinero que gana. Con respecto al trabajo, las chicas guapas pueden tener trabajos decentes, pero para puestos de responsabilidad siempre se prefiere a personas inteligentes que sepan lo que se hacen

-¿Cómo nosotras? –preguntó la niña dubitativa, más por mostrar a su madre que escuchaba que por pensarse dentro de aquella categoría.

-Como nosotras –afirmó la madre con un brillo de orgullo en la mirada-. Y si una es buena en su trabajo puede hacerse imprescindible y una persona imprescindible que sabe que lo es y sabe usar su

influencia puede ascender mucho en su empresa, siempre que la empresa sea grande.

-Mamá, pero tú no trabajas para nadie.

-Lo hacía. Antes. Ahora es verdad que soy la jefa. Pero eso es porque dirijo mi propia empresa.

Esta vez la mirada de orgullo y fascinación se dibujó en la fea carita de la niña.

-Una persona importante y que asciende en la empresa es alguien que gana mucho, mucho dinero. Y yo empecé a hacerlo desde joven. Igual que mi madre y mi padre, tu abuela y tu abuelo. Y el dinero obra milagros.

-¿Cómo el de volverme guapa? –apuntó Marisa, a lo suyo y muerta de curiosidad e impaciencia.

-Por ejemplo. Una persona rica puede pagarlo casi todo. Y ese casi todo incluye hoy en día el propio aspecto.

Y eso era lo único que, por el momento, le interesaba a la niña comprar, ganar o adquirir de cualquier manera.

-Nadie va a negar a estas alturas que el aspecto de una persona también cuenta a la hora de progresar en sociedad. Facilita, desde luego, mucho las cosas. Muchísimo, si eres una mujer. Y la abuela lo sabía. Por eso ella misma, igual que el abuelo, trató de mejorar su aspecto con la cirugía y los implantes ya en su propio tiempo. Entonces las operaciones eran más complicadas y sus resultados más limitados. Pero si ves las fotos de los abuelos tras operarse son personas bastante atractivas. Por eso la abuela se empeñó en cambiarme a mí desde chiquita. Para que, cuando fuera mayor de edad, me hubiese convertido en un bomboncito. Igual que te pasará a ti.

Marisa sonrió nerviosa, imaginándose a sí misma altísima, con piernas vertiginosas, una cascada de cabellos rubios sobre la espalda y un rostro de portada de revista.

-El aspecto, hija mía, se puede cambiar. Con dinero se pueden quitar las cartucheras o la barriga, eliminar las arrugas, cambiar la nariz y los ojos. Hoy sólo es feo quien no puede pagarse la belleza o no desea cambiar en absoluto y prefiere quedarse así de por vida. Pero eso no te pasará a ti. Dentro de unos años, cuando ya te hayas

desarrollado y no sea peligroso, te cambiaremos la cara a tu gusto, te pondremos un cuerpo perfecto, pechos, piernas, labios, trasero… ¡Lo que tú quieras, mi vida! Y serás tan bella como desees.

-¡Jo, mamá! ¡Seré guapa como tú! –y empezó a imaginar qué aspectos de su anatomía deseaba cambiar y por dónde empezaría.

-Tus amigas moninas del colegio se morirán de envidia. Ellas, bobas o medio bobas, nunca podrán conseguir lo que tú tienes al alcance de la mano. Para su desgracia, hoy por hoy la falta de inteligencia no se cura. Y tú inteligencia tienes de sobra. Así que, cuando seas guapa, te podrás comer el mundo. Porque tienes encanto y talento, porque yo te enseñaré a usarlos. Y porque te pagaré la belleza que te falta, y así lo tendrás todo. Serás la más guapa, la más lista, la más hábil. Y mientras, tus amigas que ahora se burlan, se pondrán feas y gordas y nunca pasarán de ser unas mujeres vulgares y sin aspiraciones. Y, para cuando ellas empiecen a envejecer y afearse, tu dinero te permitirá seguir siendo bella durante años y años. ¿Te das cuenta de lo afortunada que eres? Pues deja a esas bobas que se rían ahora de ti. Deja que se burlen de tu aspecto. Que te llamen fea, o gorda, o cuatro ojos, o caraculo… A mí me decían todas esas cosas y otras aún peores. Pero recuerda que quien ríe el último ríe mejor. Y tú te podrás reír de ellas durante el resto de tu vida con tu perfecta sonrisa de diseño. Tú serás lo que tú quieras y como tú quieras. Así que no te avergüences de tu aspecto actual. A él y a la inteligencia, que te sobra, y que son cosa de familia, le deberás en el futuro todo aquello en lo que llegues a convertirte. Con mi ayuda, por supuesto.

-¡Jo, mamá, te quiero un montón! –exclamó la niña echándose a su cuello y cubriéndola de besos, feliz como nunca.

La niña se quedó tranquila mientras la madre le relataba una tras otra la multitud de operaciones que la habían transformado de patito feo en chica vulgar y luego en belleza deslumbrante. Y Marisa, por la noche, soñó con una transformación semejante para sí misma.

Al día siguiente, en el colegio, Laurita volvió a reírse de ella tras quedársela mirando durante unos segundos:

-¡Ay, Mari! ¡Mira que eres fea!

Y todas las demás niñas y niños se rieron mientras la señalaban con el dedo. Pero esta vez Marisa no se ruborizó, ni lloró. Ni

tan siquiera se ofendió o se molestó en irritarse. Habló con tranquilidad y suficiencia, orgullosa y casi prepotente:

-Es verdad. Soy muy fea. Pero un día seré tan guapa como mi madre. Y vosotras siempre seréis igual de imbéciles y envidiosas. Y ya ni siquiera os podréis meter con mi aspecto. Porque seré mucho más bonita que vosotras. La más guapa. ¿Sabéis? Me dais un poco de pena.

Los demás niños se quedaron un poco confusos. Lo que decía Marisa no eran para ellos más que chorradas. Pero, como el juego de meterse con ella dejó de ser divertido cuando la empolloncita dejó de enfadarse por sus comentarios, poco a poco abandonaron la costumbre de insultarla.

Sólo años más tarde, cuando ya todos eran adolescentes bien creciditos, alguno tuvo ocasión de comprobar –aunque ya no recordase su advertencia de esos nueve años- que Marisa, como el cisne del cuento, se estaba convirtiendo en una jovencita bien bonita. ¡Quién lo hubiera dicho conociendo al adefesio que había sido su compañera!

Juan Luis Monedero Rodrigo

aforismo

¿quiénes somos?
¿de dónde venimos?
¿a dónde vamos?
¿de qué vas?

David Sajeras

ENERGÍA ECTOPLÁSMICA

Quiero presentar al mundo, desde estas humildes páginas que se engrandecen a cada palabra que paso a imprenta, uno de mis mayores hallazgos que, si bien en cuanto a su fase práctica se encuentra todavía en su periodo embrionario y no ha rendido los ingentes beneficios que todos esperamos de tan excelsa idea, promete ser el mayor desde la invención de los tirantes.

Se trata de un proyecto titánico para obtener una fuente de energía tan milagrosa como aquélla del supuesto e imposible motor continuo pero mucho más fiable. Obtener energía infinita al mínimo coste. Ése ha sido el sueño, durante siglos, de alquimistas, ingenieros, físicos, químicos y negreros a todo lo ancho del orbe terrestre. Pero claro, las leyes de la ciencia al respecto siempre han dejado muy clara la imposibilidad de obtener energía a cambio de nada y el inconveniente añadido de una entropía creciente que hace casi imposible el reciclado y/o reutilización de la energía ya empleada.

El problema, mis queridos amigos, ha sido siempre el de la estrechez de miras. Sólo un genio tan alejado de la vulgaridad como de la soberbia podía ser capaz de hallar una fuente energética limpia, ilimitada, infinita, en un lugar en el que ningún otro estudioso –aparte del sabio Tomasito de Antioquía, si hemos de hacer caso de su tratado sobre "La Magnificencia de las Potencias Astrales Ocultas" que yo mismo, y pocos más conmigo, tuve ocasión de leer y traducir al aranés durante una breve visita gastronómica en casa de don Agapito Bermúdez, comerciante en chorizos y bibliófilo experto- se había atrevido a colocar sus esperanzas.

Puedo escuchar las aclamaciones públicas y las súplicas del vulgo y los gobiernos cuando mi idea se haga no sólo pública sino práctica y funcional. Señores, aquí sólo les hago mi anuncio para que reconozcan mi superior inteligencia y, si existe algún artífice adecuado entre los lectores, solicitar su ayuda para la fabricación de los artilugios necesarios para convertir la teoría en industria. ¿De qué se trata? Ha pasado el tiempo de fomentar la expectación. Hora es de hablar y no sólo ensartar y enristrar los términos cual si fueran triviales morcillas. ¿La idea? Simple y genial: utilizar la energía ectoplásmica de los espíritus, fantasmas, almas en pena o cualesquiera fenómenos paranormales al uso –milagrosos o demoniacos, es para nuestro menester lo mismo- para transformarla en una fuerza motriz de la industria y la tecnología humanas. He dicho. Y paso a explicar:

Todo el mundo sabe de las tremendas fuerzas telúricas y místicas que albergan los ectoplasmas de las almas en pena o fantasmas. De todos son conocidas las manifestaciones espeluznantes

a que dan lugar, incluyéndose entre las mismas las propiedades energéticas que les permiten realizar ejercicios de telequinesis en los que se desplazan, para espanto general, la cubertería, la vajilla o los propios muebles. Así como los fenómenos eléctricos y magnéticos de que son capaces, ejecutando juegos de luces, relampagueos y, en los casos más desbocados, auténticas auroras boreales y fuegos de San Telmo. A nadie se le debe escapar que las energías liberadas en tales fenómenos parapsicológicos son enormes y residen, única y exclusivamente, en los componentes ectoplásmicos de tan etéreos entes. A partir de aquí surge mi idea.

Bastaría con encerrar alguno de estos espectros del modo adecuado para aprovechar su tremenda potencia energética en la generación de electricidad por medio de motores o turbinas movidos por su inmensa fuerza. Habida cuenta que, en ocasiones, tales manifestaciones incrementan su nivel energético cuanto más irritadas se muestran, no parece mala idea, ni descabellada, la de hacer su encierro cuanto más desagradable mejor, quizá cabreándolos adrede con algún procedimiento infalible. Se me ocurre, por ejemplo, que sería buen método el de leerles pasajes de la vida de santos, todos ellos en el Cielo por sus méritos, para hacerles sentir envidia y vergüenza de sí mismos, que se han quedado, por sus males, en ese limbo interregnos –Cielo e Infierno, y tal vez hasta fuera del Purgatorio- que significa su penar como fantasmagorías. Tal vez fuera apropiado también mostrarles platos deliciosos que no puedan comer, o hacerles escuchar, sin descanso, discursos políticos y moralizantes de los próceres de la patria o músicas regionales, en particular flautas vascongadas o tamboriles castellanos, que les inciten a pías danzas que pongan en movimiento todas sus irritadas potencias. O hasta poner juntos a aquellos que peor se lleven entre sí.

Otro problema estriba en ser capaces de almacenar los espectros y las propias energías liberadas. En ciertos casos, bastaría con situar motores eléctricos en su proximidad para que sus fuerzas magnéticas los hagan rotar y generar energía. En otros casos, los rayos y centellas por ellos emitidos, podrían recogerse, con un adecuado juego de alternadores, en acumuladores o ser enviados directamente a la propia red eléctrica –con las consiguientes

dificultades para su absorción- como se hace con todas esas energías renovables que las compañías eléctricas deben adquirir las quieran o no. Incluso podría usarse la energía para calentar hornos, con agua o fluidos, que generen gas que haga girar los rotores y producir la deseada electricidad o, simplemente, calentar los hogares si es adecuadamente distribuida.

Por fin, alcanzo a suponer que incluso podrían almacenarse los gases fétidos que en ocasiones se desprenden, los cuales podrían ser un adecuado sustitutivo del gas natural y los biocombustibles. A estos gases yo los llamo ectocombustibles y creo que –si se los privase de su fetidez y alguna que otra mucosidad que, según tengo entendido, los acompaña- podrían convertirse en un buen sustituto de las energías fósiles actuales.

Como el más serio problema es el de atrapar fantasmas, he diseñado, para tal menester, una camisa propedéutica de acero inoxidable y cartón piedra, con cierre de seguridad y enchufe que, según todos mis datos, podría servir para encerrar hasta dos espectros –que podrían pelearse a gusto en su interior y así incrementar la producción eléctrica hasta niveles insospechados- y generar por sí sola energía para una ciudad de unos catorce millones de habitantes.

Como no soy un técnico y mis conocimientos de ingeniería y tornería no van parejos con mi escasa habilidad manual –tan típica de gente mediocre y descerebrada- solicito desde estas páginas la colaboración de algún hábil colaborador que una sus capacitadas manos a mi insuperable inteligencia para la ejecución de esta magna obra que proporcionará a la humanidad la fuente de energía definitiva e inagotable que dejará a la fusión nuclear de las estrellas, que durante tantos años se ha intentado remedar sin éxito en el laboratorio, en un mero divertimento de físicos sin imaginación.

Los espectros, abominables para muchos y patéticos para otros, ayudarán de este modo a la humanidad y favorecerán el desarrollo industrial de remotas regiones del planeta.

Si alguna duda tengo sobre mi proyecto no es su viabilidad. Tengo, realmente, dos dudas: una bien prosaica y la otra de índole más trascendental. La primera es sobre la posibilidad de que las

grandes empresas boicoteen mi hallazgo y no permitan la comercialización de esta energía limpia y barata aunque eso condene al mundo a una crisis ambiental. La segunda es la posibilidad de que, puesto en marcha el sistema, los espectros puedan terminar diluyéndose una vez hayan ayudado lo suficiente a la humanidad con su fuerza. No sería raro que estas almas en pena pagasen por sus crímenes pasados ayudando a la sociedad presente y terminaran por hallar acomodo y paz en ese otro mundo al que hasta ahora no han podido acceder. Comprenderán que un filántropo y hombre de fe como yo no podría desaprovechar la oportunidad de ayudar a todos sus semejantes y, de paso, salvar almas perdidas. Hay tantos fantasmas –o eso dice mi amiga Nicolasa, que conoce a muchas pitonisas y mediums- que la fuente de energía seguirá siendo casi inagotable.

¡Salvemos el planeta! ¡Ayudemos a los miserables espíritus! ¡Colaboren en mi proyecto y se harán de oro!

¡Ay, a veces yo mismo me sorprendo de mi inagotable talento superior!

Gazpachito Grogrenko
(ingeniero ectoplásmico y salvador mundial)

DE LO NORMAL

Hablamos, sentimos, nos expresamos con respecto a lo normal. En nuestras mentes anormal, subnormal, paranormal, supranormal, cuasinormal son términos que adquieren connotaciones desagradables. Todo lo que no es normal es malo, todo igual de malo. ¿Acaso existe lo normal? No es posible cuando todos somos distintos y diversos, si no en lo sustancial sí en lo accesorio. E inventamos la norma para sentirnos unidos, símiles. Existe lo normal en lo parcial, como absoluto nadie lo conoce. Yo no lo soy, ni lo deseo. Llamadme:

El temible burlón

PRÁCTICA DEL VICENTISMO

Todos hemos hecho el Vicente alguna vez. Lo más probable es que lo hayamos hecho muchas. No me refiero a ese repelente niño de nombre Vicente al que nadie se quiere parecer (y del que todos los que lo han sido reniegan) sino de ese otro dicho de "¿Dónde va Vicente? Donde va la gente". La verdad es que el dichoso nombre se las trae.

Por mucho que nos guste sentirnos diferentes, y hasta si nos agrada, de vez en cuando o por costumbre, llamar la atención, muchas veces nos volvemos Vicentes irracionales que actúan por emulación, por deseo de normalidad y de no desentonar.

Basta para ello con fijarse en situaciones de lo más cotidianas. Pongamos que hay una cola en la calle. Siempre habrá quien se coloque en ella antes de saber para qué es. Este tipo de vicentismo tiene también su parte de aquel otro dicho de "adonde fueres haz lo que vieres" –que, en ocasiones tiene su punto racional-, pero más de costumbre y hábito que de otra cosa. Uno siempre se puede preguntar "y, si hay tanta gente reunida en una cola, será para algo, ¿no?". Al menos eso es lo que parecen estar pensando muchos de nuestros queridos Vicentes. Y entre ellos seguro que nos topamos con alguno de los que, haciendo el bobo, pretende pasar por listo. Este otro Vicente se hará razonamientos del tipo: "a lo mejor dan algo" y eso justifica ponerse en plan rebaño. Hasta hay Vicentes caraduras que forman una cola alternativa o pretenden colarse en aquélla de cuyo objeto nada saben.

Por afán experimental dan ganas de formar una cola donde sea, aun en el dentista, por ver si surge algún émulo o muchos de ellos deseosos de practicar este deporte tan divertido al que yo llamo vicentismo.

Ocurre igual si llega algún famosillo o sucede cualquier tipo de desgracia. Le llamamos curiosidad y lo es en parte (somos unos morbosos y unos cotillas, sí) pero también tiene su punto de vicentismo, de suma a la mayoría. Igual que las procesiones o hasta las manifestaciones, donde muchos parece que se suman sólo por el afán de hacer bulto.

Y un ejemplo más. Ponte en situación si eres conductor. Vas por la carretera, tan tranquilo, y viene un tipo a toda leche que te pega una pasada increíble. Mira ahora la velocidad. ¿A que se ha incrementado aunque sólo sea un poquito? ¡Ah, amigo! Es que todos llevamos un Vicente en nuestro interior intentando salir y crecer. Y este Vicente, aunque lo haga de modo inconsciente, trata de poseernos de vez en cuando, aunque se trate simplemente de acelerar nuestro vehículo cuando nos adelanta otro tipo, siquiera sólo por no ser –o sentirse- menos que el otro.

Vicentistas que sois del mundo, uníos. Es vuestra vocación, tan sólo tenéis que seguirla.

Juan Luis Monedero

No voy a presumir aquí de una sensibilidad que no tengo. Tampoco voy a presumir de normal. Ni lo soy ni deseo serlo. Pero me han dicho que diga algo sobre la normalidad y me he acordado de esta historieta que escribí hace poco. No sé si es fruto de mis inquietudes literarias o intelectuales –al contrario del petardo de Grokenko no creo tenerlas- o simplemente del aburrimiento –lo que veo más probable. Pero va de un tío normal y así se titula la historia.

UN TÍO NORMAL

Paquito era un tío de lo más normal. Sin grandes virtudes ni defectos, más simple que un bocadillo de jamón, más feliz que unas pascuas. Consciente, pero no avergonzado, de su vulgaridad.

Y eso que todos los días se levantaba de la cama con el pie izquierdo. Por suerte Paquito no era supersticioso y maldito lo que le importaba la supuesta mala suerte que aquella costumbre matutina se suponía que le tenía que dar. Además de que, si hubiera sido supersticioso, a Paquito le habría dado igual porque, como pudo comprobar su señora mamá al ir a comprarle sus primeros zapatos –no antes, porque la capacidad de observación de la buena señora alcanzaba habitualmente sólo hasta su propio ombligo-, Paquito tenía dos pies izquierdos, ambos más bien sucios, con enormes dedos gordos situados a la derecha y unas uñas medio negras y un tanto curvadas

que, para qué negarlo, causaban cierta repugnancia por su mera observación.

Paquito, pese a todo, nunca se consideró un fenómeno. Acaso opinaba que todas las personas poseían dos pies izquierdos o dos pies derechos y que el hecho de que los zapateros vendieran pares simétricos en vez de idénticos era sólo por fastidiar. O tal vez pensaba que la posesión de dos pies izquierdos era una peculiaridad sin mayor importancia.

En todos los demás aspectos de su persona Paquito podía ser considerado normal. Si acaso un poco más imbécil que la media, lo cual, habida cuenta del intelecto normal de las personas, dejaba la inteligencia del señor Osvaldo Arnulfo Bailalasalsa Orbegozoperezoteguigoicoechea –Paquito para los amigos- a un nivel –o desnivel- un tanto patético. Por fortuna, su simpleza le impedía avergonzarse de sí mismo y, ciertamente, ocultando sus pies como casi todos hacían con su inteligencia –mientras él exhibía su carencia de la misma-, el bueno de Paquito no desentonaba en absoluto entre sus semejantes, como tampoco lo habría hecho en el zoológico si hubiera ocupado la jaula de los monos o la piscina de las focas, si acaso por su vello facial en el primer caso o por su rubio bigote –tan distinto de las espléndidas vibrisas de los leones marinos- en el segundo.

Durante años, Paquito había trabajado en el metro, pero las nuevas tecnologías terminaron, finalmente, por obligarlo a cambiar de oficio. Paquito no era ferroviario sino que, como tantos artistas incomprendidos, se ganaba la vida gracias a la música. En sus buenos tiempos, Paquito se dedicaba a arañar con sus curvas uñas contra los surcos de varios *long plays* del Fary, Georgie Dan y Marta Sánchez a los que tenía mucha tirria. El horrible sonido daba dentera a la mayoría de los pasajeros –no a Paquito que, profesional, se servía de tapones para evitarse molestias y abstraerse de los dulces comentarios que más de uno le dedicaba- y sólo consentía en detener su serenata a cambio de unas monedas. Por desgracia, cuando era un virtuoso del asunto, a algún imbécil se le ocurrió inventar los *compact discs* y, claro, aquello no sonaba igual. ¡Dónde iba a parar! Conque Paquito, contra su deseo, hubo de cambiar de oficio. Con tan buena fortuna que sus grandes dotes intelectuales, reseñadas con anterioridad, le

permitieron colocarse en la redacción de una revista de cotilleos, de la que se convirtió en columnista habitual y preferido, profesional aclamado y respetado –salvo por algún tarado que no apreciaba sus panegíricos y la tomaba con él o con cualquier cumplidor *paparazzi*- por todos los de su gremio.

El gran Paquito, pues, se acababa de levantar aquella misma mañana apoyándose al hacerlo sobre su pie izquierdo izquierdo. Era su costumbre y nunca se había planteado –como sí habría hecho cualquier supersticioso convencido- si ese doble cargar por la izquierda habría de traerle algún tipo de complicación con la fortuna. Como se verá después, Paquito, supersticioso o no, conjugaba de sobras aquel posible mal fario mientras caminaba, con paso atlético y elástico, hacia la redacción de la revista *Glamourosos* para la que trabajaba y que sólo distaba catorce kilómetros de su lugar de residencia. Tras levantarse hizo una estirada propia de "La Araña Negra", entró al baño en pijama, rascándose el trasero y ocupando sus uñas con varios hilos del pantalón. En el baño se lavó la cara, las axilas y el pecho, amén de las manos con que realizó sus abluciones matutinas con un vaso de licor lleno de agua. Ahorrador e hidrófobo, Paquito comulgaba con la filosofía del desarrollo sostenible y con la teoría de la rápida adaptación olfativa. Luego, con generosidad, se metió en la boca un buen lingotazo de coñac con el que se dedicó a hacer diez minutos de violentos y sonoros gargarismos tras los cuales se tragó la poción, dispuesto a no desperdiciar –según sus ecológicas costumbres- ni una sola gota de tan preciado elemento. Paquito se vistió: traje gris cruzado con bata de cola, clavel y lunares. Tan elegante como siempre.

Para el desayuno se tomó un carajillo en el que mojó un par de chuletones de Ávila y dos vigas de tren –por el hierro- antes de repetir sus higiénicos gargarismos y partir hacia el trabajo.

Ya estaba acostumbrado a cruzar por el cagadero de perros y no le molestaba en absoluto pisar por allí con sus espléndidos botines de Ubrique. Tiempo atrás Paquito daba tremendos rodeos para esquivar las deposiciones caninas que cubrían como un manto el suelo del camino. Más tarde se atrevió a caminar casi de puntillas, sólo para comprobar que sus pasos se veían deliciosamente amortiguados en su avance. Desde entonces, no le molestaba en absoluto pasar por allí

salvo cuando se colocaba las chanclas de piscina. Sus dos pies izquierdos, pues, fueron deslizándose cómodamente por encima de todas las cagarrutas y en un santiamén se encontró ante la entrada de *Glamourosos*, donde recibió, como cada día, unas cuantas miradas insidiosas en castigo a la fetidez que sus pies despedían y su propio olfato había aprendido a ignorar.

Aquel día estaba inspirado. Tenía que escribir su artículo sobre la condesa de Bílbilis y le sobraban precisamente las dos últimas sílabas del título de la buena señora para ponerla de hoja perejil. No contaba el bueno de Paquito con que su grata tarea iba a ser interrumpida por un ser monstruoso cuya visita no podía imaginar.

Se trataba de la terrible Inesita Pi, la examante del famoso torero Manolo El Camuñas. Inesita, que en tiempos fue una auténtica *starlette* de piernas larguísimas y curvas prodigiosas, se había convertido en un mastodonte. Culpaba a Paquito de su ruptura con Manolo después de que el intrépido reportero aireara la historia secreta –completamente inventada- de sus amores con el cuerpo de guardia al completo de la Casa Real. El artículo no se vendió bien, pero Inesita se quedó sin su celoso novio, se deprimió y se abandonó a los pobres placeres de la gula para compensar las penas del corazón. De resultas de aquello, su presencia física se había vuelto extraordinaria y su salud mental inexistente. Ahora, meses después de que su denuncia ante el juez fuera sobreseída y Paquito se fuera de rositas sin pagar una multa o hacer una disculpa pública, Inesita se presentaba en el despacho de Paquito vestida de vengadora negra y armada casi como Rambo en sus mejores tiempos. Sus brazos eran enormes y gruesos como troncos, aunque daba la impresión de que se trataba de globos inflados. Su cara de lunática asesina era totalmente verídica.

-¡Maldito! –dijo Inesita a modo de saludo- ¡Tú, tú, me dejaste sin novio! ¡Me las pagarás!

-¡Señorita, por favor, tranquilícese! –exclamó Paquito intentando que la joven valquiria volviera en razón y enfundara la escopeta de dos cañones recortada que había sacado de un bolsillo de su abrigo y que ahora apuntaba directamente a sus cataplines.

-Sí, sí, me las pagarás. Inés Pi no se quedará solterita, al limón y a la lima. O te casas conmigo o te mato aquí mismo.

Paquito, persona práctica donde las haya, no necesitó recapacitar demasiado ante las razones de Inesita. Que era una gran mujer era innegable, y muchas bodas se habían celebrado con menos motivo que aquélla.

-No se ponga usted así, Inesita. Todo tiene solución. Si lo que usted quiere es mi mano, aquí se la entrego.

Y Paquito, cual prestidigitador de tres al cuarto, le extendió a la señorita Pi el brazo derecho. Ella tomó la mano ofrecida y se quedó con ella en la suya, pues era la mano postiza de goma que Paquito siempre portaba consigo y que ya le había permitido escapar de situaciones semejantes a ésta.

-¡Malnacido! ¡Voto a tal! –dijo Inesita con voz ronca de pirata y amartillando el arma.

-¡Córcholis y repámpanos! –exclamó Paquito mientras echaba a correr en zigzag, a velocidad tal que semejaba una escena de Matrix, por lo parsimoniosa. A su espalda, en un instante, sonaron dos detonaciones que destrozaron, una, el ordenador Pentium IV de sobremesa con pantalla plana y, la otra, el tórax del señor Gutiérrez, redactor jefe de la empresa.

-¡Me cagüen…! –fue lo último que alcanzó a decir Gutiérrez antes de desplomarse sobre la mesa en que reposaba la tarta de crema con que iba a celebrarse el cumpleaños de la señorita Martínez, secretaria sobredotada y pizpireta, aunque terrible en ortografía, caligrafía, taquigrafía y ofimática.

Aprovechando que la asesina y novia futurible estaba desarmada, Paquito prosiguió su loca y frenética carrera, a velocidad de caracol, mientras Inesita recargaba su arma con un par de misiles Patriot. Paquito se las prometía muy felices porque ya casi alcanzaba la salida de la oficina y sólo lo separarían ochocientos metros del primer ascensor sin el omnipresente cartel de "en revisión" que lo llevaría a la calle y, por tanto, a la salvación. No contaba con que, del otro lado de su despacho, lo esperaban ocho curitas jóvenes, fornidos y malcarados que, armados de puños americanos y bates de béisbol se mostraron sumamente persuasivos a la hora de convencerlo de la necesidad de cumplir como un caballero con la despechada señorita. Paquito intentó esquivarlos con su famoso paso de *swing*, pero la táctica no fue

efectiva y los curas lo rodearon. Inesita, arma en ristre, se acercaba berreando desde la distancia.

Pero Paquito tuvo suerte. Sólo le salvó de la ira de los sacerdotes el hecho de que tres de ellos murieron asfixiados por sus propios alzacuellos que, por chulos, llevaban demasiado apretados. Los otros cinco eran todos ellos miopes y llevaban sólo las gafas de cerca, por lo que, al empezar a repartir estopa –en puñados suministrados por el fontanero de la esquina- y mamporros, todos se los dieron entre ellos. Dos curas tuvieron que irse al baño para vomitar la estopa que habían tragado. Los restantes, que se habían trabado en un *menage a trois* de golpes, realizaron una maniobra envolvente, que Paquito esquivó, de resultas de la cual los tres curas se molieron a palos entre sí. Paquito, entretanto, siguió corriendo camino del ascensor milagroso. No iba a ser tarea fácil, pues Inesita, ya con el arma recargada, avanzaba decidida tras él. Por suerte, cuando ya alzaba la escopeta para pegar un par de tiros más, le llegó el olor a crema de la tarta despachurrada y, cuestión de instinto, se desvió de su objetivo para zamparse los restos, sin hacer ascos a los pegotes de sangre –procedentes del pecho de Gutiérrez- que salpicaban –por no decir bañaban- el pastel.

Eso salvó a Paquito. Porque los cinco primeros ascensores que encontró estaban averiados y, cuando el sexto parecía funcionar, se llevó una sorpresa al ver su puerta abrirse: en su interior estaba el señor director, Pancracio Pulido, puliéndose a la secretaria Gómez, aún más inepta y escultural que la Martínez, dentro de la caja. No se atrevió a interrumpirlos y, en vez de descender por las escaleras los imposibles setenta y ocho pisos que lo separaban del bajo, inició una huida hacia arriba. En espera, quizá, del milagro de que Inesita no lo persiguiera, o de que Pulido y Gómez terminaran sus tareas y él pudiera bajar por el ascensor.

No contaba con la constancia de Inesita. Ni con las energías adquiridas del almidón, la grasa y el azúcar de la tarta recién ingerida. Como un hipopótamo saltarín, Inesita cada vez se le acercaba más. Paquito intentó darle esquinazo, pero el edificio era redondo en sus plantas superiores y no había esquinas donde burlarla. Finalmente, Paquito llegó a la azotea. Con un poco de suerte podría secuestrar el

helicóptero, que no sabía pilotar, y así escapar. Pero el helipuerto estaba desierto.

Las piernas de Paquito temblaron y su intestino empezó a emitir ruidos desagradables cuando vio la terrible silueta armada de Inesita atravesando la puerta de salida a la azotea. Paquito estaba dispuesto a rezar, ya que no veía otra escapatoria, aparte del imposible salto de cuarenta metros hasta el edificio más próximo o la insoportable asunción de su boda. Pero no fue necesario. Entonces apareció el ovni de E.T. y el marcianito, simpático siempre y añorando a su querido Eliot, decidió adoptar a Paquito, lo teletransportó a su nave y, en un suspiro, con aceleración hiperlumínica se lo llevó a su planeta donde ambos fueron felices y comieron perdices.

La pobre Inesita lloró y gimoteó durante horas. Luego tomó el ascensor y, tras acabar con la Gómez, tuvo la gran fortuna de que el señor Pulido solicitara, solícito, su mano. Ya sólo faltaba buscar de nuevo a los ocho curitas.

Sergi Lipodias

SABER SER UN DON NADIE

En estos tiempos de locura y estulticia colectivas adquiere valor la fuerza de la personalidad propia frente al mundo entero. Hay que ser un valiente para mantenerse firme ante las modas y veleidades ajenas.

Incluso tiene mérito ser un don nadie y ejercer dignamente como tal. Ocultarse para esconder las vergüenzas, si las hay. Callar cuando no se pide nuestra opinión y mucho más cuando se nos solicita y no merece la pena exponerla. Tiene mérito ser un tipo con principios, antaño tan vulgares, cuando menos de boquilla.

Porque cada vez es más difícil saber ser un don nadie. Todo el mundo quiere destacar, como sea y por lo que sea. Poco importa si por méritos o deméritos. Mejor hacer el ridículo en público o ser odiado por todos que permanecer en el anonimato.

¡Cómo si los cinco minutos de gloria supusieran el paso a la eternidad o siquiera a la memoria popular, aunque sea por unos días!

Pues la gente no se da cuenta, y prefiere exhibir sus vergüenzas antes que quedarse tranquila. Lo normal es aspirar al

estrellato, a esa suerte de popularidad casposa que es la única al alcance de la gente vulgar. Que destaquen las personas por encima de la media: las bellezas, los deportistas de élite, los sabios, los artistas, los ricos, puede parecer casi tan ridículo, pero es más razonable. Cada cual puede parecer digno de admiración para algún don nadie. Pero el don nadie que quiere ser popular suele resignarse al esperpento, al espectáculo triste de exhibir su insignificancia. Poco importa que la adorne con gritos, insultos, vestiduras o baratijas. Seguirá siendo un don nadie, un tipo sin mérito ni brillo propio.

A algunos les basta con acercarse a un famoso para sentirse importantes, otros tratan de imitarlos, convirtiéndose en patéticos intentos de copia de quien no pueden ser. Los hay que los insultan para llamar la atención, los hay que imitan sus maneras, sus ropas, sus gestos. Y entonces son menos que don nadies, porque resultan ridículos. Y quizá lo saben y no les importa. Si no, ¿por qué ese gusto por el papel cuché, la tele rosa y el escándalo público? Si no, ¿por qué –como dice algún compañero de fatigas- nuestros chavales aspiran a la fama casposa como digno sueño de futuro?

Ya no se lleva ese cándido "mamá quiero ser artista". Ahora los niños quieren ser famosos, sin oficio ni beneficio, sin virtudes ni méritos, tipos que se ganan la vida del cuento –y sin contar nada interesante, por cierto- mientras millones de "vulgarcitos" los observan y sueñan con convertirse algún día en famosillo televisivo, como si esa popularidad les sirviera para escapar de su vida gris y los hiciera menos insignificantes.

Pues bien, yo creo que más vale ser un don nadie, discreto y anónimo, que un payaso que, por cuatro duros, consigue un minuto de fama y la sensación de que, antes que dejar de estar en el candelero, es preferible incrementar el esperpento y exhibir nuevas y más vistosas vergüenzas.

¿No es curioso que algunos tipos verdaderamente admirables y conocidos por sus obras y méritos huyan de la fama como de la peste? Y es bien cierto que hay personas que prefieren quedar al margen de ese mundo que los admira y que quieren que sus obras hablen en su lugar. Mejor incluso que el mundo se olvide de ellos. El dinero está bien, claro, y es necesario. Y cada cual quiere destacar en

su oficio, lo cual puede atraer fama y dinero. Pero eso no significa que uno, por importante que sea o se crea, tenga que compartir el deseo de muchos de convertirse en mono de feria observado por todos y señalado con el dedo para sentirse importante. ¡Qué triste! ¡Qué patética muestra de falta de personalidad y baja autoestima! ¡Qué pobre ejemplo para nuestros chavales que convierten en ídolos a vagos y casposos!

Me niego a aplaudir a esos imbéciles. Hay grandes hombres y mujeres, sí, que merecen destacar. Pero, ¡qué vivamos los don nadies que llevamos nuestra insignificancia con dignidad!

Juan Luis Monedero Rodrigo

SOBREDOSIS

Quiero indicar, ante todo, que no me siento en absoluto culpable de lo sucedido. Que si a alguien hay que responsabilizar de tan lamentable suceso no es sino a los gestores de este hotelucho infame en el que he tenido la desgracia de recalar. Castíguenlos a ellos, si quieren. Y deben hacerlo. Pero no me culpen a mí de lo sucedido.

Aunque fuera yo el autor material de los hechos, no es menos cierto que me encontraba fuera de mí, como ya me ha sucedido en otras ocasiones. Admito mis limitaciones, lo trágico de mi defecto. Pero deben tener presente con cuánto cuidado he tratado siempre de evitar los males que ahora han acaecido. Yo lo tenía todo controlado. Mis impulsos eran tan peligrosos como un patito de goma en la bañera. El paciente que cuida su enfermedad y sigue el tratamiento prescrito no debe ser considerado responsable de las consecuencias de una interrupción no deseada del mismo. Una interrupción que, además de no ser voluntaria, le ha venido impuesta por gente extraña y poco cuidadosa, por no llamarla taxativamente estúpida o, peor aún, mal intencionada. No sé hasta dónde alcanzará la responsabilidad, si es individual o compartida. Pero háganme caso. La culpa es del hotel. De alguno de sus empleados, del recepcionista, el director o varios miembros del inepto personal en conjunto. Poco me importa. Ya nada hay que pueda hacerse para corregir el terrible fallo. Yo me encuentro

detenido y me temo que, dada la gravedad de las pruebas acumuladas en mi contra, seré víctima de un funesto error judicial, quizá de un linchamiento. Seré condenado, iré a la cárcel o tal vez al patíbulo. Pero yo no soy el verdadero responsable de lo sucedido. Siempre he sido un tipo normal y pacífico. Al menos durante el tiempo en que mi mal ha permanecido convenientemente controlado. Fueron ellos, los imbéciles del hotel los que me condenaron a mí al fracaso y a las víctimas –suyas antes que mías- a su desgraciado final.

Quizá les suene extraño que un asesino confeso al que se ha encontrado entre sus víctimas cubierto de sangre presuma de inocencia y de normalidad. Pero déjenme que les explique mi caso y entonces, si son imparciales y no se dejan cegar por los sentimientos de repugnancia que tan terrible acto les deberá, sin duda, inspirar, comprenderán que, en efecto, yo soy una víctima inocente de las circunstancias, un juguete del destino en las torpes manos de unos estúpidos hosteleros.

No siempre he sido normal, si por normal entienden estar dentro de la norma y cumplir con todos sus preceptos. Ya desde niño me mostraba muy peculiar. Todos los niños tienden a ser más violentos de lo necesario. Pero yo, que habitualmente era un infante tranquilo y silencioso, no dejaba por ello de exhibir unas tendencias un tanto desagradables de vez en cuando. De un modo que decían sádico y morboso, me dedicaba a maltratar a todo tipo de tiernos animalitos y mascotas. La situación se hizo verdaderamente preocupante –intolerable, en palabras de mi querido padre- cuando a punto estuve de quemar vivo a mi pobre primo Raúl mientras reposaba como un bendito en su cuna. El bebé tenía menos de un año y yo no alcanzaba aún la edad de seis. Pero ya entonces habitaba en mi cerebro una oscura obsesión a la que no podía escapar.

De vez en cuando, con una frecuencia que a mí me parecía razonable y a todos los demás excesiva, sentía el impulso de matar, de asesinar a una criatura cualquiera quitándole la vida de forma violenta, regodeándome en el placer del sufrimiento. Sé que es enfermizo, pero si se lo cuento tal como lo sentía –y aún hoy lo siento- es para que comprendan la gravedad del asunto en que ahora me veo envuelto y

descargar, en la medida de lo posible, la responsabilidad que se me achaca en el suceso.

Cuando me daba tal arrebato no era –no soy- yo mismo. Incapaz de razonar o de combatir el instinto asesino, me veía a obligado a aniquilar a alguna criatura, que por aquel entonces siempre se había reducido a un bichejo inmundo o una inocente mascota o cría de nuestros animales domésticos, para saciar mis ansias de sangre y dolor. Confieso que me fascinan el sufrimiento ajeno y la escena única de la muerte. Tanto más el ser responsable de tales efectos. Sádico y morboso, lo sé. Irracional y compulsivo, sí. Pero se trata de algo inevitable para mí. Como una de esas drogas que todos dicen que eliminan el juicio y se enseñorean de la voluntad forzando al adicto a cometer cualquier tropelía por conseguir sus anhelados efectos. Yo nunca he probado más drogas que la que supone mi insana obsesión, aunque creo que sus efectos son suficientes como para contarme entre los drogadictos del mundo.

Me cuentan que en aquella ocasión yo había rociado a mi primo con gasolina del cargador de mecheros de mi padre. Que iba a prenderle fuego, fósforo en mano, cuando mi tía Adelita acudió, por casualidad, a observar el sueño de su hijo, que pensaba plácido, y, al llegarle el tufo del combustible, aceleró el paso para encontrarme ante la cuna, con la cerilla encendida en alto y una cara con expresión "demoníaca", así la definió la pobre. Logró sujetarme y evitar el infanticidio y mi eterna condenación, a la vez que mostró a mis padres cuán peligrosa era mi peculiar condición. Yo, por mi parte, no recuerdo nada de aquel suceso ni de mis sádicos cortos años de entonces. Pero estoy seguro de que mis sentimientos de aquel tiempo debían de ser semejantes a los que me invaden desde que soy consciente de mi obsesión. Sé en todo momento lo que hago. Pero no puedo evitar actuar como actúo. Es como si mis actos no dependieran de mí, como si existiera una voluntad superior a la mía que me obliga a cometer el crimen sin que mi capacidad alcance a razonar o luchar contra el deseo. Cuando me invade mi pulsión asesina no soy yo, aunque conserve la consciencia. No tengo más remedio que actuar, que llevar a efecto los oscuros deseos de mi inconsciente. En ocasiones, con suprema voluntad, he tratado de racionalizar la situación, de oponerme al

deseo. Pero ha sido inútil. Lejos de refrenarlo, sólo he logrado acentuarlo, violentarme todavía más y necesitar un mayor derramamiento de sangre para satisfacer mis ansias salvajes. Algo así, por cierto y para mi desgracia, me sucedió en la última y terrible ocasión. Aplazar la ejecución de mis sádicos planes sólo sirve para incrementar la violencia desatada.

Tras aquel incidente con mi primo, mis padres, verdaderamente preocupados por mi agresividad y mi salud mental, acudieron conmigo a visitar médicos y psicólogos. Cada vez de mayor renombre, lo que se traducía en facturas que, progresivamente, resultaban más gravosas y dolorosas de pagar para mis desesperados padres. Que yo no era normal estaba claro para todos. El origen de mi desequilibrio lo estaba mucho menos. Los diagnósticos, tan variados como peregrinos, se sucedieron, al par que las facturas. Pero ni los galenos ni los loqueros fueron capaces de hallar un tratamiento eficaz para controlar o subsanar mi obsesión. Me fueron prescritas todo tipo de medicaciones y terapias. Las unos apelaban a la química, las otras a la maleabilidad de la psique. Ni unas ni otras fueron capaces de sanarme sino, tan sólo, de adormecerme o desestabilizarme –según los casos- aún más de lo que ya estaba. En realidad eran peores los remedios que la enfermedad porque, como queda dicho, salvo en mis instintos asesinos –tan vehementes e imprevisibles como momentáneos e infrecuentes- en todo lo demás yo me conducía como un chico normal: educado, aplicado en los estudios, obediente a los mayores. Un angelito en todo salvo en mi manía aniquiladora que, como locura transitoria, me invadía de vez en cuando transformándome momentáneamente en ángel de la muerte o demonio sanguinario.

Al cabo fue el empirismo el que me salvó antes que los razonamientos de todos los matasanos o los torpes intentos de mis padres porque moderara mis impulsos criminales. Al cabo se vio que, si bien mi morbosa afición resultaba invencible para la ciencia, era relativamente fácil de mantener bajo control siguiendo unas sencillas premisas que subsanaban los efectos de mi instinto criminal, ya que nada era capaz de calmarlos o saciarlos.

La solución a mis problemas no consistió en tratar de vencer mis instintos u ocultarlos bajo las drogas o las terapias. Resultaba más

práctico saciarlos de un modo razonable y permitirme, así, conducir mi vida de una forma aproximadamente normal. Para ello bastaba con dejar que mis juegos se limitasen a las pequeñas bestezuelas que caían en mis manos. Si sacrificaba un mísero animalito, mis impulsos criminales se adormecían durante unas horas o, a veces, incluso días. Durante ese tiempo me comportaba como un muchacho educado y obediente, pacífico y atento. Bastaba, pues, con proporcionarme periódicamente un animalito para que lo matase y calmase mi, digamos, adicción a la sangre.

Es curioso, jamás me he regodeado en la visión de la sangre derramada, ni he devorado a mis presas o me he comportado, desde entonces, de un modo particularmente sádico con las pequeñas piezas que me cobraba. Al contrario, los sacrificios han sido limpios, rápidos, casi desapasionados. Tras varias pruebas con insectos, lagartijas o gusanos, pronto se vio que el material más adecuado, por lo sensible y semejante en su dolor al humano, era el ratón. El pequeño mamífero gritaba levemente cuando yo quebraba su cuello, se retorcía un instante y yo sentía como su vida se escapaba entre mis manos. Con ello calmaba al asesino que habita en mi interior y, retirado el oscuro personaje, podía comportarme de manera normal hasta que el impulso volvía a poseerme.

Así las cosas, mis padres empezaron a criar pequeños ratoncitos blancos, de ésos que se ven en los laboratorios, de pelaje liso y ojos rojos, animalitos dóciles y confiados que, en su jaula, se dedicaban a comer, dormir, procrear y pelear entre sí, ajenos al destino que los esperaba. Todos a mi disposición para que, cuando los necesitara, pudiera sacrificar uno, dos, los que me fueran precisos para calmar mis ansias de muerte.

Con este método pude convertirme en un hombre de provecho, estudiante modelo, obediente y trabajador, más tarde empleado ideal, abogado de éxito y, tal es –era- mi actual situación, empresario solvente con la necesidad de viajar constantemente para cuidar de mis negocios.

Al principio del tratamiento, mi régimen de sacrificios era de lo más irregular: aniquilaba un número variable de ratones sólo cuando el impulso se presentaba. Tomaba al ratoncito en mi mano izquierda, su

calidez extendiéndose por mi palma, el animalito intentando moverse, patalear y liberarse, y luego, con la mano izquierda, le envolvía la cabeza, apretaba levemente su cuello y lo retorcía hasta quebrarle las vértebras cervicales. El animal moría con un breve temblor y una sensación de paz se extendía desde el cadáver a todos mis sentidos. Luego comprobé que, como sucede con otras medicaciones, el ritmo en las tomas ayuda a controlar la enfermedad y, desde hace unos años, siempre acompaño las comidas principales: desayuno, almuerzo y cena, con el sacrificio de uno de estos animalitos, lo cual sirve para alejar la sensación de urgencia. Igual que otros toman su buena copa de coñac tras el postre, o se fuman un pitillo o un habano, yo concluyo la sobremesa matando un ratoncito. Sé que es una costumbre un tanto desagradable para quien no está familiarizado con tales violencias, pero no más molesta que otras adicciones que se consideran más respetables, como la del alcohol, el tabaco, el café o el cacao. Con tal regularidad en mis costumbres, el fantasma del sádico asesino dormitando dentro de mí se había mantenido alejado durante años, décadas incluso, pues no recuerdo, desde los ya lejanos tiempos de mi infancia, que, una vez iniciado el tratamiento, me condujera de modo inapropiado ante ninguno de mis semejantes. Digamos que los ratoncitos –pobres criaturas, a fin de cuentas- me servían de droga y de vacuna para mi extraño mal.

El riesgo, claro está, radicaba en el mismo punto que el de cualquier otro tratamiento. Su eficacia depende, ante todo, de que la posología sea correcta y no se interrumpa brusca e inadecuadamente. Para mi desgracia, eso fue justamente lo que sucedió, por más que yo creía haber tomado, ya desde hace años, las medidas oportunas para evitar tal posibilidad.

Desde hace años, cuando viajo, tengo la costumbre de llevar conmigo una hermosa jaula con una buena provisión de ratoncitos blancos con los que calmar mis ansias asesinas en el momento en que me sea necesario. Mi control no llega más allá que para escabullirme de una reunión y acercarme al hotel y la jaula y sacrificar tantos ratones como hagan falta. He comprobado que el estrés de las reuniones exacerba mis nervios. En ocasiones, cuando sospecho que las reuniones van a ser largas, incluso llevo en un bolsillo de la chaqueta o el abrigo

una pequeña caja de cartón con un ratoncito de emergencia. Y hasta el momento, mis precauciones habían resultado suficientes como para evitar cualquier problema.

Sólo hasta ayer mismo.

Como es mi costumbre, fui al hotel sin mi equipaje. El personal al servicio había quedado encargado de recogerlo y dejarlo en mi habitación. Para ello les pago un buen suplemento y tengo por norma dejar una buena propina a cada uno de los empleados que me ayudan. Nunca he tenido mayor problema con mi equipaje. Supongo que viajar en primera clase ayuda a ello, así como el hecho de que siempre aviso de la presencia de mis ratones, factor que suele animar a alguna azafata atenta a portarlos en su departamento y no con los demás equipajes. Sé que en esta ocasión fue eso lo que sucedió, porque una agradable señorita –creo que se llamaba Peggy Sue o algo así- los tomó a su cargo y responsabilidad y por ello recibió un bonito regalo en metálico de mi parte. Tampoco se extravió mi equipaje, pues así me lo hicieron saber desde el aeropuerto. Con tal información y un simple ratoncito metido en su caja de cartón dentro de mi bolsillo, consentí que el chófer me llevara con urgencia a la reunión de negocios donde me esperaban los señores Bourgois y Delacroix, con los que estaba citado y que podrán confirmar este punto de mi declaración. Me sentía tranquilo con respecto al resultado de dicha reunión y al correcto transporte de mis objetos hasta mi habitación de hotel. Jamás pensé que un hotel con renombre como el Palace podría cometer semejante sucesión de errores por los que ahora soy yo quien debe lamentarse.

Por desgracia, la reunión no resultó tan tranquila como yo esperaba. Las negociaciones fueron más difíciles de lo previsto y ello me creó cierto estado de ansiedad. Así las cosas, a nadie sorprenderá que en un breve inciso en nuestras conversaciones, yo me ausentara al excusado y allí sacrificara al pequeño múrido para calmar mis nervios.

Finalmente, el negocio se resolvió y yo pude regresar, con la sensación del deber cumplido y la esperanza de un merecido reposo, a mi habitación del hotel. Para entonces, a qué negarlo, mis nervios volvían a resultar incómodos y yo intuía que, para tranquilizarlos, me vería obligado a realizar una de mis pequeñas hecatombes.

Cuáles serían mi sorpresa y mi espanto al comprobar que mi equipaje aún no había llegado al hotel, cuando hacía ya seis horas que mi avión había aterrizado y habían transcurrido casi cinco horas y media desde que yo partí a mi reunión creyendo que lo dejaba en buenas manos.

Discutí con el recepcionista que, posiblemente y como él me repetía, no tenía la culpa de nada ni sabía lo que habría podido suceder. Llegó el gerente y me dio las explicaciones que consideró pertinentes. Obvio es decir que, casi fuera de mí, aquellas explicaciones no me satisficieron en absoluto ni calmaron mis crecientes impulsos violentos.

Me dijo el gerente que mi equipaje estaba localizado, pero en el lugar incorrecto. Al parecer, el chófer de la empresa, un argelino recién instalado en el país, había dejado mi equipaje, jaula incluida, en el restaurante Petit Palais donde, efectivamente, yo tenía cena aquella noche. Y si alguien puede explicarme qué pinta un equipaje en un restaurante, que lo haga, porque a mí tal confusión entre palacios me parece fuera de lugar, surrealista y chapucera para una empresa del renombre de la que me alojaba. Si el chófer no estaba capacitado que no lo hubieran contratado. Aquel error era inadmisible, bajo mi punto de vista, y así se lo hice saber a mi interlocutor. El gerente se deshizo en atenciones conmigo, no puedo negarlo, pero aquello no me tranquilizó. El buen hombre, por el que personalmente no siento especial animadversión, aunque lo debo considerar un inepto en su trabajo, me prometió que pronto tendría mis ratoncitos conmigo o, en su defecto, él me conseguiría otros semejantes. Y sé que lo dijo de corazón, aunque mi mente confusa creyó captar un cierto retintín burlesco en su voz al pronunciar esa postrera frase.

Yo me aferré a la esperanza de las últimas palabras y, en la cumbre de mi autocontrol, fui capaz de subir con cierta serenidad hasta mi habitación, donde me deshice de mi traje y me tumbé sobre la cama en albornoz, tras darme una breve y nada reparadora ducha, intentando relajarme en la medida de mis posibilidades. La esperanza de los ratones, por incumplida, fue convirtiéndose minuto a minuto en una sentencia que caía agónica e inexorablemente sobre mí.

Ya no podía soportar más. Mis impulsos criminales crecían al ritmo de los latidos de mi corazón. Mi autocontrol se deshacía entre sudores convulsos que iban trayendo a mi Hyde hasta mi lado. En un último arrebato, me dediqué a buscar por mi cuarto algún bicho o sabandija que me pudiera salvar, momentáneamente, de mí mismo. Una araña, una hormiga, una cucaracha, una chinche o un imposible ratón me habrían proporcionado un aplazamiento de unos minutos para el terrible desenlace de mi mal. Pero el hotel estaba limpio, inmaculado por completo. Y comprendan, nunca hasta ahora había tenido motivo de queja por la extrema pulcritud de un hotel. Pero esto significaba mi ruina, por cuanto que el equipaje no terminaba de llegar, ni con él mis ratones, y mi resistencia tocaba a su fin.

En tiempo objetivo había transcurrido poco más de media hora desde mi llegada al hotel. En el subjetivo, yo llevaba padecida una eternidad de terribles sufrimientos. Uno no puede ahogar indefinidamente sus instintos, y menos unos tan arraigados y consentidos como los míos hacia el crimen.

Ya no pude más. Tomé un abrecartas de metal de la mesa del saloncito y, todavía envuelto en el albornoz blanco del hotel, salí al pasillo. Temblaba y sudaba. Mis sentidos no eran lo nítidos que yo hubiera deseado. Pero el aroma de la sangre –que sólo bullía en mi cerebro que solicitaba su realización para el sentido del olfato- me animaba a avanzar con decisión.

Primero vi a una mujer: la camarera. Salía de una habitación empujando un carrito cargado de ropa. Me sonrió y esbozó un saludo amable. Mi rostro debía de ser menos expresivo de lo que yo suponía. No respondí a su gesto sino que, violentamente, hundí mi abrecartas en su cuello, seccionando de un tajo su carótida y escuchando con placer como su vida se escapaba en un gorgoteante gemido que trataba de convertirse en grito a través de su boca. La mujer se desplomó en un charco de sangre, sin apenas convulsiones. Yo, enfebrecido, seguí pasillo adelante y, al girar la esquina, vi que una pareja joven –hombre y mujer, quizá recién casados en viaje de novios, quizá amantes, vaya usted a saber- se acercaba a su habitación, ambos cargados de cajas, fruto de sus abundantes compras. No sé si me vieron llegar. Yo tomé al hombre por la espalda: con mi mano izquierda sobre su frente lo

inmovilicé lo suficiente como para introducir el abrecartas por su clavícula, hasta la empuñadura. Creo que le alcancé el pulmón. Lo extraje y lo degollé como a un cochino, transformando sus gritos en un ahogado barboteo. La mujer, incrédula, chillaba como loca. Quizá lo más lógico por su parte habría sido defender a su hombre o pedir ayuda. Pero estaba histérica. Eso me dio la oportunidad de tomar el cinturón de mi albornoz, desatarlo y usarlo para estrangularla en unos instantes. Al poco la voz de alarma se había extendido por el hotel. Las puertas se atrancaban, los gritos se elevaban por doquier. Y mientras, mis instintos criminales, ya bañados en sangre, seguían sin calmarse del todo. En esto, ajeno a todo, subía el gerente por las escaleras con la jaula de los ratones en la mano, satisfecho, sin duda, del servicio que iba a prestarme. Yo, fuera de mí, no le di opción a hablar. Tan sólo pude contemplar su rostro espantado antes de estamparle en la cabeza el jarrón de adorno, lleno de flores de plástico, que presidía una mesita. La cara del gerente desapareció en un baño de sangre y sesos desparramados. Aún tuve ocasión de asesinar al recepcionista y a otra camarera que venían corriendo dispuestos a reducirme. Al recepcionista le clavé el abrecartas en el pecho. A la camarera que, espantada, era incapaz de huir ni de gritar, le introduje la pluma de su compañero en el ojo y la clavé hasta que dejó de gritar y se desplomó sin vida.

Para entonces yo temblaba, preso de terribles convulsiones. Aún estaba enfebrecido, preso de aquella locura que no me hacía perder conciencia de mis terribles actos. Pero notaba que la ira que me invadía poco a poco se reducía. Fue ello, posiblemente, lo que sirvió de final para aquella carnicería. Al poco llegaron el detective del hotel y dos recios botones que fueron capaces de reducirme y atarme. Yo creo que no opuse excesiva resistencia. También creo que, ya en el suelo y algo más calmado, lloré. No sé si de alegría o de arrepentimiento, satisfecho por complacer mis instintos o avergonzado por mis terribles pecados.

Sé que soy culpable. No lo voy a negar. Pero, si tan sólo el hotel hubiera realizado correctamente su labor. Aún más, si el gerente se hubiera presentado en mi cuarto diez minutos antes con la jaula y mis ratones salvadores, con sus tiernos cuellos blancos dispuestos

para el sacrificio que me podía salvar de mí mismo, el demonio dentro de mí no me habría poseído de aquel modo. Soy un enfermo y mi tratamiento se vio interrumpido por causas ajenas a mi voluntad y que escapaban por completo a mi control. Soy culpable, sí. Pero no menos lo es ese maldito hotel que me ha condenado a prisión y a un juicio vergonzoso en el que se exhibirán mis crímenes como atrocidades de un demente. Yo tenía controlada mi adicción. ¿Es culpa mía que me viera privado de mi eficaz tratamiento?

Esto sucedió ayer. Desde entonces no he vuelto a dar síntomas de violencia. Ahora estoy en la cárcel. Aislado. Me han traído papel y lápiz –ni una pluma se atreven a proporcionarme pues saben que otra ya me sirvió de arma- con el que estoy escribiendo esta declaración, que me gustaría que fuera leída, incluso publicada. He pedido que me traigan mis ratoncitos. Es una cuestión de supervivencia. Por el momento me basta con aniquilar una a una las sabandijas que, ahora sí, se acumulan en mi pequeña celda. Pero ya no quedan arañas ni apenas cucarachas. No sé si encontraré algún bicho más que me liberé de mis instintos -¡oh, si encontrara una rata!- y me mantenga tan tranquilo como ahora. Si no tengo más acompañantes y no me traen mis ratones –Dios no quiera que traigan a mi celda a otro recluso- no sé lo que puede llegar a ser de mí cuando el impulso criminal vuelva a poseerme, lo que, sin duda, tarde o temprano sucederá si no tienen en cuenta mis razonables demandas.

¡Ay si no hubiera sido por la ineptitud de mi hotel! Está visto que uno siempre está en manos de patanes y palurdos. ¿Acaso no quedan profesionales en este mundo? ¿Acaso ya no hay nadie capaz de vencer, como yo he hecho, sus limitaciones? ¡Cielos! Siento que la ira vuelve a cebarse en mí. Por suerte veo una pequeña cucaracha parda, una de esas voladoras, plácidamente tendida sobre mi jergón. ¡Ojalá que no sea la última! Quizá si le pido al carcelero que me proporcione algún animalejo a cambio de dinero… ¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho yo para merecer esto? A un enfermo como yo le privan de sus derechos y lo tratan como un asesino. En fin, espero que este escrito sirva a mi defensa y me justifique ante el público morboso que se regodea ante mis salvajes actos, que tal vez consideran injustificados. ¿O acaso me

envidian? Sólo espero que me den una ocasión para explicarme. Con uno de mis tiernos ratoncitos entre manos, a poder ser.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL COCHE DEL FIN DEL MUNDO

Te dicen que te compres ese coche, el mejor. Para ser distinto, único, irrepetible. Y medio te lo crees. Te dicen que la posesión de aquel vehículo te proporciona la excelencia que te faltaba, demuestra tu excepcionalidad –y no sólo tu sobreabundancia monetaria-, te hace original y superior. Y estás dispuesto a admitirlo, mientras observas con envidia las evoluciones de tan prodigiosa máquina por una carretera interminable. Apenas te has fijado en el aspecto resuelto del conductor en el anuncio y sólo levemente en la belleza nórdica que lo acompaña y lo mira embelesada desde el asiento del acompañante.

Estás harto de ser vulgar, del montón. Y los mensajes subliminales del anuncio van directamente al corazón de tu concepto de autoestima. Pero lo que realmente capta tu atención es el paisaje que se muestra: un lugar semidesierto, de belleza lunar. El paraje solitario cruzado por la línea negra de la carretera sobre la que vuela el bólido disparado por sus ciento ochenta caballos de potencia. La voz en off habla entonces de la autonomía del vehículo, de la increíble sensación de potencia y libertad, de seguridad y ligereza. Con ese coche, te dicen, puedes viajar hasta el fin del mundo. Y tú observas la pantalla embelesado, con más amor del que finge la figurante por el conductor satisfecho. La idea de ser libre, de poder viajar hasta el confín del mundo te hace respirar hondo. Eso es lo que quieres, ésa podría ser tu forma de afirmarte, de sentirte único, diferente, libre.

Por tu mente no cruzan ideas razonables. No tienes en cuenta que en los confines del mundo, en los desiertos, los parajes inhóspitos, sin civilizar ni conquistar no existen las autopistas, ni siquiera carreteras. Que el bólido del anuncio no podría desplazarse por un campo pedregoso, pues no es un todoterreno ni tiene tracción en las cuatro ruedas o meramente la capacidad de moverse por parajes semejantes. Que ese coche no podría estar en la selva ni en el Polo,

que los paisajes lunares rara vez son surcados por cochazos que no vayan a ninguna parte, por más autonomía que se les suponga.

Menos aún cruza, de momento, la idea más importante. Luego lo hará, cuando creas haber olvidado el anuncio, cuando la realidad se te haya impuesto y termines de comprender que un mindundi como tú no tiene dinero para comprarse el cochazo ni, aunque pudieras darte el capricho, podrías mantenerlo. Pero eso no es lo esencial. Más tarde cruzará por tu mente la idea esencial, la de que tu bólido último modelo que te hace sentir libre, te saca de la rutina y de la mediocridad no está diseñado, en todo caso, para viajar al fin del mundo. Porque en el fin del mundo no vive nadie, ni nadie, por tanto, podrá valorar tu excepcionalidad. Más tarde comprenderás que lo que realmente te llama la atención del anuncio no es el coche en sí, sino la sensación de poder, de falsa superioridad al volante. Y, para que esa sensación tenga algún valor en tu concepto de autoestima, se hace necesario que el cochazo y su dueño tengan público que los admire y envidie. El coche está diseñado para presumir, para viajar con él por la ciudad o en carreteras transitadas, para que puedas sentirte orgulloso y puedas pensarte superior, único, irrepetible. Un rey sobre su excepcional montura de metal y cuatro ruedas. Comprenderás que no quieres ese coche para perderte en el fin del mundo y pasar desapercibido. No ese coche ni, probablemente, cualquier otro. Pero menos ese coche y la imagen de suficiencia y poder que transmite. No, si tuvieras ese vehículo presumirías con él, fardarías ante todos más hinchado que un pavo, estirándote ante el volante, estúpida e injustificadamente convencido de que la mera posesión de un objeto carísimo te convierte en un personaje importante y digno de admiración. ¡Pobre iluso!

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(dicen que lo han visto paseando junto a Elvis)

EN DEFENSA DE MI BUEN NOMBRE

Me decepcionan profundamente los responsables de esta revista, en particular ese redactor metido a escritorzuelo, el tal Juan

Luis Monedero, que, sin ningún pudor se dedica a arrastrar mi buen nombre por el lodo inventándose un engendro con igual patronímico que el mío y escudándose en la increíble excusa de que el nombre es muy anterior –nada menos que lo remonta al año 1988- como si eso le eximiera de culpa.

Poco me importa que reconozca nuestra falta de parentesco, me siento igualmente difamado y no descarto entablar las acciones legales pertinentes para que mi nombre quede limpio (y me paguen unos euritos por el desaguisado).

Por si a alguien le interesan mis antecedentes, les diré que yo soy Narciso de Lego de la Olla Tinto de Verano y Redondo de Ternera, biznieto del marqués de la Olla y sobrino nieto de la Chelito. Nací hace treinta y seis años en el palacio de Las Frutas, situado en Venecia hasta su demolición hace ocho lustros. Mi padre, don Narciso de Lego Tinto de Verano era representante gubernamental en el consulado de la ciudad de los canales en la que entregó su vida ahogado por los vapores mefíticos de la descomposición –aunque algún malpensado como los de esta revista sugieren que su caída al canal y su ahogamiento fueron causados por vapores etílicos y no de otra índole, aspecto que rechazo plenamente.

Cinco años después que yo nació mi hermanita Euforia, y mienten los que indican que es imposible que un embarazo de once meses se dé en la especie humana y tratan de hacer pasar por bastarda a mi querida hermana tras el fallecimiento de mi noble padre. Tras aquellos dolorosos incidentes, nos instalamos en la mansión familiar de Cantimpalos donde mi educación quedó tutorizada por el otrora insigne investigador don Gazpachito Grogrenko. Recibí una educación diversa y elevada, incluyendo estudios de parvulitos y varios cursos de Educación General Básica. Si no terminé dichos estudios ni quise acaparar otros títulos superiores fue por mi sentido innato de la curiosidad que me llevó a explorar el autoconocimiento y la autodidáctica. Tras años de fructíferos esfuerzos he sido capaz de desarrollar una personalidad arrolladora, una erudición apenas comparable a la de los más excelsos clásicos y un don de gentes –algunos me llaman play boy- que me asemeja a mis gloriosos ancestros de la diplomacia patria.

Por todo ello me ofenden gravemente las aseveraciones del tal Monedero equiparándome a un chiquilicuatre como ese Narciso de pacotilla, invención suya, que pasa, cuando menos, por loco o tarado, aspectos bien alejados, sin duda, de los de mi equilibrada y sobresaliente personalidad. Y al que opine lo contrario o algo diverso –incluido el autor de semejante cuentecillo- le reto a un duelo a espada –o zapatilla de andar por casa, a escoger- en el patio del Colegio de los Píos Dominicos en Calzones Cortos en día y hora a convenir. Y si los culpables no aceptan mi reto o se disculpan poniendo la frente sobre mis empeines, les llamaré cobardes allá donde haga falta. He dicho, yo, el auténtico:

Narciso de Lego

(líder nato y gentilhombre de probada valía)

Estimado señor director: leo esporádicamente su publicación, y me parece muy interesante, sobre todo muy original, el hecho de las colaboraciones, sin intereses económicos es estupendo. Como plasma sus ideas y sus inquietudes en estos artículos, con esa ilusión, es fantástico. No llama usted a los medios de comunicación, como otros, para pavonearse de lo "listo que soy", hace poco he visto esto en un periódico.

Sobre todo siga adelante y no decaiga, porque esta publicación es como una brisa del mar al atardecer del mes de septiembre.

Un cordial saludo

C. Bocarisso

PANEGÍRICO HAGIOGRÁFICO

Quiero rendir homenaje desde estas humildes páginas al gran hombre que fue, santo entre los santos y salvador de almas y vidas. Me refiero al santo padre, Carolo, Juan Pablo II, que nos dejó huérfanos de su inmensa sombra. Quiero, desde aquí, hacer pública profesión de fe, recalcar mi admiración por el gran hombre y sus enormes méritos, desarrollados durante más de un cuarto de siglo en

que se esmeró cuanto pudo en frenar la imparable decadencia moral de nuestro tiempo. Fue un gran hombre, un gran Papa, un líder mundial, un carismático comunicador, un santo –como bien se verá tras su esperemos que pronta beatificación-. Demasiado santo y, en mi modesta opinión, es ahí, en su gran corazón, donde residió uno de los escasos defectos de su magnífico pontificado. Porque es indudable que fue un gran Papa, pero también que, sin llegar a mostrarse pusilánime o condescendiente en momento alguno, sí que fue un tanto tibio con demasiados pecadores a los que su inmenso corazón le impedía condenar públicamente. Un corazón que le hizo mostrarse en exceso permisivo y moderado con impíos, idólatras, blasfemos, sacrílegos y herejes. Demasiado tolerante con los libertarios, demasiado blando con los errores ajenos. Los de la tolerancia y la blandura son defectos ciertamente disculpables en un hombre santo pero que, me atrevo a sugerir, deberían ser corregidos por su sucesor, Benedicto XVI, en quien deposito todas mis esperanzas y confianza para que, bajo su recia mano, nuestras Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana pueda enderezar nuevamente su rumbo y retome a los cauces de los tan añorados tiempos preconciliares, retornando a esos tiempos en que el último Concilio, el segundo de su nombre, aún no había contaminado su pureza y en que el último Concilio verdadero y santo, el Vaticano Primero, todavía extendía su beatífica guía espiritual sobre el rebaño del Señor. Quiera el Altísimo iluminar al nuevo Pontífice para que retornen los hermosos tiempos de las misas en latín, la moral estricta, el sano conservadurismo y todas las pías tradiciones que convirtieron a nuestra Iglesia en luz y guía del mundo. Y permita el Altísimo que, con su mediación el Santo Papa fallecido pueda obrar milagros en su nombre y haga honor a su bien merecida fama y así ascienda prontamente a los altares como es de esperar.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

EPÍLOGO

Exista o no la norma como un todo. Podamos o no definir dicha normalidad. Seamos o no normales. Podamos o no serlo. La idea de

normalidad nos atrae. Nos da seguridad. Falsa, posiblemente. Y equivocada. La normalidad nos fascina aunque nos vuelva grises. Nos da tanto miedo ser grises como luminosos. Quizá nos espante más ser luminosos y nos conformamos con adquirir brillos falsos y ruinosos.

Queremos ser normales y soñamos con la luz. Como Jekyll y Hyde enfrentados, en nosotros se oponen el deseo de integración gremial y grupal, de identificación con el otro, o con un gran Otro global, que abarca toda la humanidad o lo que nosotros sentimos como tal, con aquel otro deseo de remarcar nuestra individualidad. De ser un yo enfrentado al resto del universo como si de esa forma pudiéramos asegurarnos no la fama o la gloria, sino la trascendentalidad. El minuto de gloria nos atrae porque nos hace sentir importantes, como si pensásemos que ése nuestro minuto podrá permanecer nítido en la eternidad (ilusoria, siempre ilusoria) mostrando a quien quiera que pueda ser nuestro testigo que nosotros existimos. Permitiéndonos la ilusión de que somos importantes, únicos. De que entre tantas y tantas cosas y seres que hay en este mundo, todos tan contingentes como nosotros, existe una razón, un breve instante, que nos permitirá perdurar. Sentirnos diferentes y únicos, pero no monstruos con los que nadie se pueda ni quiera identificar. Terrible dilema el del hombre enfrentado a su deseo de pervivir y a sus ansias de mezclarse con todo el género humano sin chirriar entre los de su especie. La diferencia como signo de superioridad y también como infame marca sobre nuestro lomo de animal social.

Es complejo definir lo normal. Es aún más difícil escoger entre la luz verdadera y la falsa. Decidir si es mejor destacar, por mérito o demérito, o pasar desapercibido, consciente de que al final sólo queda diluirse en lo infinito.

Como siempre, nuestros textos pretenden hacerte pensar, más que dar respuestas. Eres tú quien debe decidir. Nosotros esperamos que nuestras páginas hayan abierto nuevas ventanas en tu cerebro ávido de novedades, ahíto de ellas o deseoso de la tranquila paz de la rutina y lo vulgar.

EL PUNTO Y FINAL

Ya es norma de esta empresa el concluir cada pocos meses un número más de esta revista que se anunciaba provisional e inestable y se convierte en rutinaria, o casi, en su periodicidad. Quizá también en vulgar, aunque confiamos en que no sea así. Ojalá os haya gustado.

Hemos de agradecer su colaboración A José Palomo por su portada (trasmutado en ese Martin's al que deseamos éxito con su libro), a PAM 213, uno de los habituales, a Petra Salgado y C. Bocarisso, que llevaban un tiempo sin aparecer por nuestras páginas, a ese novedoso David Sajeras y al prolífico Vugoraf que nos ha brindado su primer relato.

Esperamos que otros tímidos se vayan animando para sucesivos números de la revista. Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.